ANTOLOGIA

CIENCIA- FICCION VENEZOLANA

LIBROS DE HOY
EL DIARIO DE CARACAS




CIENCIA-FICCION
VENEZOLANA

Colección LIBROS DE HOY dirigida por
Ana María Miler y Daniel Divinsky

Selección y prólogo: Julio E. Miranda

Depósito legal Nº 79-0434
Impreso en Venezuela. Printed in Venezuela.
Este libro se distribuye con la edición dominical
de **El Diario de Caracas.**

ANTOLOGIA

CIENCIA-FICCION VENEZOLANA



EL DIARIO DE CARACAS

PROLOGO

Es obvio que existen *cuentos* venezolanos de ciencia-ficción: en caso contrario, este libro estaría en blanco. Pero, más allá de la reunión caprichosa o casual de una serie de textos, ¿existe una *narrativa* venezolana de ciencia-ficción, un conjunto con caracteres propios, con entidad temática y estilística? Creo poder afirmar que sí.

Existe al menos desde que *Julio Garmendia* (1898-1977) incluyó, en su libro *La tienda de muñecos* (1927) un cuento como "La realidad circundante", donde se encuentra ya un tema de auténtica ciencia-ficción: el aparato adaptador, algo que con los años se hará uno de los lugares comunes de la literatura fantacientífica. Y en la novela, *La galera de Tiberio* (1938), de Enrique Bernardo Núñez (1895-1964), tendríamos una preciosa cronología del futuro, que extrapola los rasgos de la Venezuela de entonces para verlos con ese al mismo tiempo aumento y distorsión de una bien lograda proyección irónico-crítica. Es decir, en un momento en que la ciencia-ficción no había recibido todavía una sanción universal favorable, dos venezolanos la estaban cultivando —aunque sea marginalmente— y en su vertiente más rica: la ciencia-ficción crítica.

Después de una larga ausencia inexplicable, vuelve a resurgir la corriente en los años sesenta y setenta, ahora con un compacto frente de autores. Es el *David Alizo* (1941) del libro *Quorum* (1967) quien abre la marcha, en un recomienzo naturalmente indeciso: cuentos como "Los convidados", "La rebelión de Emilio", "Alarma general", "Según sus obras", "Quorum" y "La nube de

humo" muestran una dedicación al género, que Alizo no ha desarrollado en sus obras posteriores. De *Quorum* se incluye aquí "La nube de humo", donde se maneja hábilmente una ciencia-ficción en tono de farsa, que resulta divertida parodia política.

En la misma época, una personalidad ajena a la literatura entrega un texto apreciable: "Conspiración en Neo-Ucronia", cuento de Francisco de Venanzi, médico, ex-rector de la Universidad Central de Venezuela. El aporte es de interés, confirmando el carácter *crítico* de la ciencia-ficción producida en el país. Nada de *space opera,* marcianos, guerras intergalácticas, sino reflexión sobre el hombre, develamiento de la sociedad en el espejo curvo del género. "Conspiración en Neo-Ucronia" apareció en la excelente revista *Papeles,* del Ateneo de Caracas, y nunca ha sido recogido en libro.

Una curiosa contribución a la fantaciencia es "Racine desde el aeropuerto", de *José Balza* (1939), inesperada en el autor de obras como *Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974) y *D* (1978). En uno de sus *Ejercicios narrativos* (1967, reeditado con el título de *Ordenes* en 1970), Balza imagina a un extraterrestre que nos visita —y que reflexiona, desde luego, como todos los personajes de este autor—.

Pero será *Luis Britto García* (1940), en sus cuentos de *Rajatabla* (1970, Premio Casa de las Américas) quien lleve la ciencia-ficción venezolana a una culminación, también en el sentido apuntado de la crítica y, además, en el manejo del humor. La lista de temas y modos estilísticos trabajados por Britto en *Rajatabla* sería larga. He preferido, dada su importancia, incluir seis de sus textos, entre una buena docena dignos de ser antologizados: "Utopía", "Consérvese joven consérvese joven", "Los juegos de la infancia", "La guerra en el tiempo", "La guerra continua" y "El traje". Cuando aparezca por fin su último libro, *Abrapalabra* (Premio Casa de las Américas 1978), el lector venezolano podrá volver a apreciar la poderosa imaginación de Britto García, concretamente en el aspecto que nos ocupa.

Esta culminación, sin embargo. no excluye nuevas realizaciones. Por ejemplo, la ciencia-ficción poética de *Humberto Mata* (1949) en un texto como *Jinetes de la luz,* de su libro *Imágenes y conductos* (1970). La desgarrada intuición apocalíptica de Pascual Estrada (1935) en la colección de cuentos *Rostro desvanecido memoria* (1973), de cuya riqueza se da aquí una muestra bajo el título de "Inútil redondo seno". O, también como ocupación marginal, un cuento de *Ednodio Quintero* (1947): "Valdemar Lunes, el

inmortal" (de su libro *Volveré con mis perros,* 1975), donde vuelve a ser utilizado el pretexto de la máquina del tiempo para ilustrar una situación fundamental: el encierro, la condena, la prisión de la existencia.

Entre los más jóvenes, otra nueva vuelta de la ciencia-ficción: José Gregorio Bello Porras (1953), en el libro que produjo como participación del Taller de narrativa del Centro Rómulo Gallegos, *Andamiaje* (1977), integra en su galería de vidas pueblerinas algunos elementos fantacientíficos como vías de escape al ahogo cotidiano: vías, lógicamente, cerradas. Dos breves relatos bastan como muestra.

Finalmente, Armando José Sequera (1953), en el mismo Taller, entregó todo un libro de ciencia-ficción, *Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta* (1977). Es significativo que, otra vez, sea una elaboración crítica del género, y arraigada en la más estricta venezolanidad: estos hombres de un futuro ojalá que no muy lejano bailan el tamunangue entre viajes espaciales, luego que una revolución ha conquistado la libertad para todos. Varias de las instantáneas poéticas y humorísticas de Sequera son el mejor final deseable para esta selección.

J.E.M



JULIO GARMENDIA

La realidad circundante

Con grandes gestos, en alta voz, a fin de llamar la atención de los pasantes, comenzó de nuevo su peroración.

—Un número de personas —dijo—, un número de personas mucho mayor de lo que suele decirse, están mal adaptadas o no lo están absolutamente a las condiciones del mundo en que viven. Carecen de la importante facultad de adaptarse al medio ambiente. Les falta el resorte de adaptación a la realidad circundante. Ahora bien, yo he descubierto o inventado una capacidad artificial que suple ventajosamente a la capacidad espontánea o natural de adaptación. Es un pequeño y en apariencia insignificante aparato o accesorio, de composición ingeniosa, de sencillo empleo y de poco peso y volumen, y que llamo "Capacidad artificial especial para adaptarse incontinente a las condiciones de existencia, al medio ambiente y a la realidad circundante".

Introdujo ambas manos en uno de los bolsillos del chaleco —un chaleco a cuadros— y extrajo con precaución una cajita o estuche que contenía, según dijo, uno de sus exactos y excelentes aparatos adaptadores a las vicisitudes de la vida, las inconstancias de la suerte, las inclemencias del cielo, los cambios de la fortuna, las vueltas del mundo. Lo mantenía, en alto, en la punta de los dedos, como una hostia consagrada delante de los fieles creyentes.

—Este pequeño y en apariencia insignificante aparato —continuó— está llamado a prestar invalorables servicios a los hombres reales, o que tal se dicen, no suficientemente provistos por la Naturaleza de la preciosa capacidad especial antedicha. Ensayo actualmente sobre mí mismo uno de estos aparatos y me admiro de verme a cada paso sobrepasado por los efectos de mi invención. Habiéndome toda mi vida considerado como persona bastante bien adaptada al mundo que me rodea, sólo ahora he venido a comprender la distancia que realmente me separaba hasta hoy de la

verdadera *adaptación científica a la vida real*. Mi incomparable invento —en cuya patente industrial y registro de marca me ocupa— es un verdadero instrumento de precisión que mide y muestra milésimo a milésimo los progresos que hace el paciente y lo conduce a un grado superior de adaptación concienzuda. Muchas personas poseen sólo una defectuosa facilidad natural de adaptarse. Otras están momentánea o parcialmente adaptadas, mas los efectos de su capacidad son en realidad muy limitados y suelen estar circunscritos a este o aquel fragmento de la vida y del mundo circundantes. Mi aparatico perfeccionado suprime igualmente estas deformidades e intermitencias adaptativas sumamente peligrosas y susceptibles de provocar trastornos y desórdenes más graves de la facultad de adaptación. Tratadas con mi aparato, estas inadaptaciones particulares, que no vistas a tiempo pueden generalizarse y hacerse crónicas, se curan por completo. Al cabo de corto tiempo, no puede decirse si tal o cual individuo es un *adaptado a priori* o un *adaptado a posteriori*. El caso más frecuente es el del mediocre o incompletamente adaptado o *semi-adaptado a priori*, cuya educación es terminada, ampliada y precisada mediante el uso del invento que tengo en mis manos. Cuanto a la curación de los peores *inadaptados radicales*, puedo garantizarla por completo, comprometiéndome a restituir el dinero y recibir el aparato si no diere en corto tiempo el resultado que da en todos los casos sin excepción de ningún género. No existe, señores y señoras, incapacidad de adaptación a la realidad circundante capaz de ofrecer resistencia durable a la eficaz acción de mi aparato ajustador, el cual las vence todas y rápidamente las sustituye o reemplaza por una capacidad verdaderamente extraordinaria de adaptación al mundo ambiente y a la realidad circundante.

Como yo, empinado por encima del círculo de oyentes, asomé la cabeza para ver el aparato ajustador, se dirigió a mí en un tono confidencial completamente distinto del anterior:

—El el único que me queda. Fabrico estos aparatos yo mismo, y se comprende que no puedo producirlos en gran número. Por lo menos, no en cantidad suficiente para atender al gran número de pedidos que constantemente recibo de la parte de personas deseosas de adquirirlos a cualquier precio. Solicito ahora el capital indispensable para emprender la fabricación en serie de mi aparato ajustador al medio ambiente o de mimetismo social artificial, Sólo que, hasta hoy, las personas pudientes, millonarios y financistas que he encontrado y a quienes he expuesto el negocio, gozan todos de una inmejorable capacidad natural de adaptación, hasta de *super-adaptación*, y no conciben la necesidad de mi capacidad artificial suplementaria...

—Yo, en cambio —le dije—, me doy perfecta cuenta de la

importancia del negocio, pero no estoy en condiciones de suscribir el capital: ¡soy un grave inadaptado, tal vez incurable!

—¡Aprovechad, señores y señoras! —continuó, reanudando su primera entonación de discurso—. ¡Aprovechad esta última ocasión que se os presenta de adquirir mi excelente aparato ajustador! ¡Antes de que estos aparatos comiencen a ser fabricados en serie y que cada quien se halle en posesión de uno de ellos!

Este último argumento pareció convencer súbitamente a algunos de los que formábamos el círculo en torno al tenaz propagandista; y no pocos decidiéronse a adquirir el aparato o accesorio, antes de que se agotase el corto número, hecho a mano, de que podía disponer el vendedor —según decía—; antes, sobre todo, de que comenzase a ser fabricado por millares, en vasta serie industrializada, y a estar puesto así al alcance de legiones y masas de reacios a la verdadera comprensión de lo real. (Y era innegable que había gran conveniencia en adquirirlo allí mismo y no después, pues podía así ganarse tiempo y tomarse ya fuerte ventaja sobre futuros *neo-adaptados*, en cuanto al adelantamiento y acomodo en las buenas posiciones de la vida..)

Ahí está, hoy todavía, sobre la mesa donde escribo, y alguna vez me habrá servido —no lo niego— como pisapapel sobre las hojas de un nuevo cuento inverosímil...

DAVID ALIZO

La nube de humo

—¿Puede explicar el funcionamiento? —dijo Guido, interrumpiendo al presidente.

—¡Puedo! —respondió el inventor—, pero es necesario que sea en el palacio de las naciones.

—¡En el palacio de las naciones! ¡En el palacio de las naciones! Todos quieren ir al palacio de las naciones —gritó el presidente desde la tarima, rodeado por los ministros del gobierno, aclamado por los científicos más importantes del país—. Respóndame, Emérito Cruz, ¿se considera usted patriota?

Desde el primer momento, luego de franquear la puerta que lo separaba del mundo de las noticias, Emérito Cruz consideró la importancia de divulgar por todos los países el gran invento.

La casa destartalada estaba situada en la avenida treinta, entre las calles quince y dieciseis de la ciudad de Valera. El techo era de zinc y las paredes de barro; normalmente era una pulpería que atendía el propio Emérito Cruz. Detrás de los estantes repletos de latas de sardinas y de conservas, de trampas de pájaros y de ratones, quedaba el taller. Un taller cerrado por paredes de concreto y por una enorme puerta de hierro que funcionaba automáticamente, al colocar la palma de la mano ante un leve rayo de luz que despedía una bujía oculta en la pared.

—Respóndame, señor presidente, ¿tiene algo qué ver mi invento con la patria?

—Supongo —empezó el presidente— que la patria...

—Supone usted mal, señor presidente —dijo Emérito Cruz a todo volumen—. ¿Acaso madame Curie y Rousseau pertenecen a Francia? ¿Acaso mi máquina se limita a nuestra historia?

Un año y cinco meses había permanecido en el taller. Desde

entonces, las puertas de la pulpería se habían cerrado, y como por arte de magia, Emérito Cruz había desaparecido. Quizás nadie preguntó por él; quizás a los hombres y a las mujeres de todo Valera les importaba poco saber qué era de él; pero diariamente, mañana y tarde, los muchachos de la cuadra golpeaban las puertas de la pulpería y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Emérito, Emérito, los dulces!

En ese lapso de tiempo, él, entre las paredes de concreto — y entre las paredes de concreto las paredes de barro—, había levantado una máquina que llegaba hasta el techo y que ocupaba una mitad y cuarto de taller; que encendida reproducía el rugido de un león poderoso, y que apagada, aparentaba ser un monstruo insignificante. Eso y más llegó a inventar Emérito Cruz. La máquina podía cruzar, en cuestión de segundos, veinte siglos de historia. Podía ir del pleistoceno al caos, y desde ahí salir disparada hasta la avenida treinta. Más aún, podía transportar a cualquier hombre al punto más oscuro de la historia; y más aún, podía acabar con la historia y los historiadores, con las leyendas, con los rumores. Pero también podía confirmar anécdotas.

—El gobierno le ha concedido la libertad. ¡Recuérdelo bien, Emérito Cruz! —le repuso uno de los científicos, instalado a la derecha del presidente.

—¿Quién habla de libertad? —contestó Emérito Cruz—. Hasta cuando hablan de ella. La palabra se les cuaja en las mandíbulas —añadió despectivamente.

—Su comportamiento —dijo un segundo científico— deja mucho que pensar. Empezó mal y acabará mal. Ha debido informarnos sobre su trabajo, y no mantenerlo oculto hasta ahora.

—Tenemos datos sobre su correspondencia —interrumpió Guido—. Sabemos que recibió libros de un país con el cual nuestras relaciones marchan mal.

—Y además —dijo Emérito Cruz— recibí materiales y...

Cuando todo estuvo concluido, Emérito Cruz abrió la puerta de hierro y sintió hambre. Por un momento tuvo la tentación de gritar eureka, pero se acordó que la palabra no le pertenecía, entonces gritó: ¡Claaavo! En unos segundos consideró su invento, entonces volvió a gritar: ¡Claaavo! Tales fueron las hazañas, después de un año y cinco meses. Y por eso, acostumbrado a semejantes actitudes, citó a las personalidades más brillantes de la época.

En un abrir y cerrar de ojos se encontró en el congreso:

—Propongo —dijo él, finalizando— que mi máquina sea exhibida ante los grandes presidentes. Que vengan todos esos grandes

presidentes. Que vean el funcionamiento, y que ellos mismos, para evitar dudas, viajen por el tiempo.

—Pero, ¿puede ahora explicarnos el funcionamiento?— dijo Guido, mostrando aún cierta incredulidad.

—Mejor no —propuso el presidente—. La idea de mostrar la máquina en todas sus formas, ante los grandes presidentes, nos honrará, ¡Que sean tres los presidentes !Dos naciones extranjeras y nuestro país. ¡Guido!, que las invitaciones sean enviadas hoy mismo.

La sesión especial había concluido. El gobierno dispuso una comisión que debía encargarse de todos los detalles para recibir a los invitados.

La casa de la avenida treinta fue remodelada. Una reja de hierro sustituyó las paredes de barro, y las paredes de concreto quedaron custodiadas por soldados de la infantería. La pulpería rodó una cuadra más abajo: "regalo del gobierno a un honorable pulpero". Entonces, los hombres y las mujeres de todo Valera colmaron de honores a Emérito Cruz, y los muchachos jugaron a inventar máquinas.

Al cabo de seis días la avenida estaba tapiada entre las calles quince y dieciseis: dos escuadras del batallón "los rayos del sol", vigilaban las boca-calles. En distintas partes de la ciudad, los helicópteros se detenían y anunciaban por altavoces el gran acontecimiento. Las televisoras del país instalaron sus aparatos en los sitios más estratégicos y las grandes antenas comenzaron a enviar sus imágenes a los lugares más remotos. El primero en aparecer fue el presidente, rodeado por los ministros del gobierno y seguido por los científicos más importantes del país. Luego, en orden de importancia, apareció el presidente M. y después el presidente Z. Ambos acompañados por los científicos de sus respectivos países.

El grupo cruzó la puerta de la reja de hierro y se detuvo ante la construcción de concreto. Allí esperaron. Más tarde, la banda del estado tomó sus instrumentos y comenzó a tocar el Himno Nacional, mientras Emérito Cruz franqueaba la reja de hierro y saludaba a los vecinos... miles de vecinos.

Emérito Cruz colocó la palma de la mano frente al haz de luz y la puerta del taller se abrió simultáneamente. Los presidentes entraron; los ministros y los científicos, más atrás, los siguieron prudentemente. La presencia de la máquina maravilló a todos. Emérito Cruz le dirigió una leve sonrisa a Guido, pero fue interceptada por uno de los hombres de ciencia, que se adelantó para observar los mecanismos del aparato. Guido habló:

—Puede empezar cuando guste.

—Sí —dijo el presidente.

—Todo esto es increíble —opinó el presidente Z.

—Es una obra genial —agregó el presidente M.

Emérito Cruz, sin responder a lo que se le decía, señaló un televisor que estaba incrustado en la pared, a la altura de un hombre normal.

—Uno de ustedes —dijo dirigiéndose a los presidentes entrará en la cámara, los demás observarán el viaje a través de este aparato.

Los hombres se acomodaron en unas sillas colocadas frente al televisor. Entonces el presidente habló en nombre de la patria:

—En este gran momento de la historia, los pueblos del mundo libre se unen para admirar un extraordinario invento. Sus excelencias M. y Z. me han concedido el honor...

El presidente estaba emocionado. Estaba hablando de Emérito Cruz; estaba elogiando la máquina; pero estaba increíblemente asustado por el viaje que pronto iba a realizar.

Emérito Cruz abrió la puerta de la cámara y encendió las luces del tablero. El presidente entró. Los hombres acomodados en las sillas, frente al televisor, aplaudieron al presidente. Emérito Cruz le ajustó alrededor del pecho un grueso correaje; luego le tomó el pulso y le midió la presión arterial.

—Por medio del correaje sabremos de su estado físico —dijo—. Por lo demás, nuestro hombre está listo.

Y cerró la puerta de la cámara y se instaló frente al tablero de control con unos audífonos en las sienes, y respiró antes de mover la palanca para enviar al presidente a cualquier punto de la historia.

La pantalla de televisión se iluminó; un sonido agudo se extendió por esa parte del taller; la máquina se sacudió una y otra vez; las agujas de los relojes comenzaron a moverse furiosamente; las paredes temblaron con el movimiento de la máquina; y los hombres se imaginaron al presidente viajando a una velocidad luz, sentado en el vacío, en medio de una oscuridad absoluta.

La pantalla de televisión estaba iluminada. Una nube de humo apareció entonces. Luego, unas figuras corpóreas bailaron alrededor de la nube, dilatándose de pronto, volviéndose humo de pronto, y tomando características humanas de nuevo. Un brazo se vio en la pantalla; una pierna cruzó el brazo; un fusil con su bayoneta apareció encima; una mano mutilada giró alrededor de todo...

Los presidentes, los ministros y los científicos sudaban. Transpiraban y manchaban las chaquetas de sus vestidos, las guerreras, las batolas blancas.

Emérito Cruz pidió, solicitó, rogó atención...

La nube de humo fue desapareciendo lentamente. La mano, el fusil con la bayoneta, la pierna, el brazo..., fueron desapareciendo lentamente. La imagen de un hombre se vio. Y en un momento, otros hombres le rodearon y parecía que gritaban. (Emérito Cruz explicó que el sistema de sonido andaba mal). Los hombres alzaban los brazos , con palos y bayonetas. Los hombres acusaban a alguien. Sin embargo, en medio del grupo que cada vez crecía más, no se lograba distinguir al acusado.

—Es una insurrección —opinó el presidente Z.

—Es una revolución —dijo el presidente M.

—Dígame Emérito Cruz —preguntó Guido— ¿qué opina usted al respecto?

Emérito Cruz, sin vacilar respondió:

—Estamos viendo la revolución francesa.

Un rumor general se escuchó, y los rostros se volvieron, ensimismados, hacia la pantalla. Los ojos estaban fijos en el aparato televisor, porque, no cabía duda, estaban viendo la revolución francesa.

Los hombres se hicieron a un lado y la cara del acusado cubrió toda la pantalla. Un rumor general se escuchó de nuevo en el taller de Emérito Cruz. Los asistentes al experimento estaban viendo al acusado, y éste no era otra persona que el propio presidente, quien minutos atrás acababa de emprender un largo viaje, y que ahora aparecía amordazado y con las manos atadas, juzgado por un tribunal improvisado en una barricada de la calle que sube las pendientes de Belleville, y a punto de ser fusilado en una muralla situada al final de la cuesta.

Los presidentes, los ministros y los científicos sacaron pañuelos blancos, de seda pura, y se limpiaron el sudor de la frente que emanaba a borbotones.

—Haga usted algo —dijo el presidente M.

—Es imposible —respondió Emérito Cruz—. Apenas han pasado dos minutos y es necesario que se cumplan cinco para que el proceso de regresión se realice.

—Pero lo matarán —dijo el presidente Z.

—No hay nada que hacer —afirmó Emérito Cruz.

Los hombres colocaron al acusado delante de un paredón. A los cinco minutos rodó por el suelo, tumbado por una descarga de fusilería. En ese preciso momento, la nube de humo apareció y fue cubriendo lentamente la pantalla de televisión. Emérito Cruz inició una serie de noticias, dadas en intervalos de unos cuantos segundos, sobre el estado del presidente; sobre la frecuencia respiratoria, las pulsaciones y la presión arterial.

—El presidente está muerto —dijo Emérito Cruz—. Regresará muerto del siglo dieciocho.

—Tráigalo usted ahora mismo —dijo Guido—. No espere un minuto más.

Emérito Cruz, instalado ante el tablero, cumplió las órdenes de Guido. La máquina se estremeció con el viaje de regreso; los relojes, en descenso, empezaron a pasar números y de pronto marcaron cero. Emérito Cruz apagó las luces del tablero y abrió la puerta de la cámara. El presidente estaba ahí muerto, manchado de sangre, y con las perforaciones de las balas en el vestido. Los ministros y los científicos sacaron el cadáver, y en el patio, ante la construcción de concreto, se pronunciaron exaltados discursos y le rindieron los últimos honores militares. Luego, el gobierno decretó una semana de duelo nacional.

Pero a pesar de todo, Cruz, Emérito Cruz, fue llamado por los presidentes M y Z.

—Creemos conveniente realizar otro experimento —dijo el presidente M—. Su máquina nos interesa.

—Además —dijo el presidente Z— creemos que se podrían evitar algunos errores de tiempo.

Al siguiente día se realizaba el segundo experimento. El presidente Z, con el correaje ajustado en el pecho, se disponía a entrar en la cámara, llevando consigo ciertas precauciones recomendadas por los científicos de su país. En ese momento se escucharon unos golpes que provenían de la puerta de hierro. Emérito Cruz vaciló antes de abrir la puerta. Luego la hizo girar automáticamente. Guido entró presidiendo un batallón de soldados.

—Todo esto ha sido una gran farsa —dijo Guido a toda voz—. Este hombre se ha burlado de nosotros, este hombre es un asesino.

—No puede ser —dijo el presidente Z.

—Ya veremos —replicó Guido enfurecido.

Entonces ordenó a los soldados que derribaran las paredes de la cámara y que investigaran con sumo cuidado, pues, ese hombre, Emérito Cruz, era capaz de cualquier cosa para aniquilarlos a todos o hacerlos desaparecer por un misterioso rayo que emergiera del subsuelo. Los soldados prevenidos por el ahora jefe supremo del ejército, tomaron un largo barretón y enfilaron a toda velocidad contra las paredes de la cámara, repitiendo una decena de veces la misma acción, hasta dejar un enorme boquete que permitió a los hombres pasar al otro lado del taller. Allí, protegidos por los soldados con armas automáticas, con fusiles lanza-llamas y máscaras antigases que se habían colocado todos, comenzaron a in-

vestigar con suma cautela. Por el piso de madera se cruzaban cables, y del techo colgaban enormes reflectores que subían o bajaban manejados por poleas pegadas al cielo raso. Los hombres avanzaron lentamente y se detuvieron ante la entrada de una habitación que estaba en tinieblas. Guido gritó:

—¡Emérito Cruz, encienda usted las luces ahora mismo!

Emérito Cruz cerró un interruptor y un gran escenario con falsas puertas y paredes de cartón quedó iluminado. El grupo entró. Un hombre estaba sentado detrás de una cámara de televisión.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó Guido— ¿Quién es usted?

—Me llamo Servo —contestó el hombre—, y soy el primer camarógrafo.

¿Será posible? —dijo uno de los científicos—. Estamos en un estudio de televisión.

—Esto aclara todo —dijo Guido—. Y este hombre es uno de los cómplices.

—¡Miren! —gritó el presidente Z —¡ahí está el paredón!

Los hombres se dirigieron hasta un muro construido de ladrillos. había marcas de balas y manchas de sangre. A un lado estaba la barricada y los fusiles tirados por el suelo. Luego, detrás de una cortina, los soldados encontraron los trajes que habían utilizado para la escena.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Guido—. ¡Los quiero de una vez! ¡Busquen por todas partes! —ordenó, gritando y tumbando sillas y derribando bastidores.

—¡Un momento! —dijo Emérito Cruz. y dio una señal.

El camarógrafo llamado Servo tomó un silbato y lo hizo sonar tres veces consecutivas. Del fondo del escenario salieron unos hombres. Los soldados montaron sus armas y se dispusieron alrededor de ellos, esperando recibir una nueva orden de Guido. Este se adelantó y preguntó a uno:

—¡Respóndame! ¿Está usted pagado por Emérito Cruz?

—¡Un enemigo! ¡Un traidor de la revolución! ¡Fusílenlo —respondió el hombre gritando a toda voz.

—¿Qué significa esto? —dijo Guido a Servo, quien se había levantado de su asiento y caminaba hacia él.

—Creo —empezó a decir el hombre— que su mecanismo está funcionando mal desde hace varios días. Se equivoca y..., fíjese, ahora mismo ha debido responder que se llama Ciro, y que forma parte del grupo de la primera operación.

—¿Su mecanismo? —preguntó Guido.

—¡Sí! —dijo un científico adelantándose—. Estos señores son

autómatas y sus memorias trabajan por medio de circuitos reflejos...

Guido movió la cabeza confundido. Los presidentes M y Z abandonaron el lugar, seguidos por los cientiíficos de sus respectivas naciones.

Una hora más tarde, el taller de Emérito Cruz era declarado zona militar. En la avenida treinta se respiraba una atmósfera de crimen. Y Emérito Cruz, vigilado por un grupo de soldados, era conducido a una clínica para investigar su verdadera constitución física.

FRANCISCO DE VENANZI

Conspiración en Neo-Ucronia

Bill manifestaba evidente sorpresa. Sentado ya en el mullido asiento, acodado sobre la mesa, planteó la interrogante a su tatarabuelo George: —"¿Qué sucede, Tátara? ¿A qué viene tanto sigilo?"

La luz violácea del atardecer que penetraba profusamente por el amplio ventanal, tenía con sus cambiantes matices a las dos gigantescas figuras cuyas sombras llenaban casi la pequeña habitación herméticamente cerrada a los inoportunos. George, que había tomado también sitio cómodo al otro lado de la mesa, se inclinaba hacia atrás meditativo, a la búsqueda del cabo que le permitiese iniciar la conversación.

De no haber ocurrido la escena en Neo-ucronia, se hubiera podido pensar que Bill hablaba en tono de chanza al interpelar a George como su remoto antecesor. En efecto, ninguna diferencia de edad parecía existir entre ellos; muy cerca ambos de dos metros cuarenta de estatura, medida característica del desarrollo vertical de los neo-ucronianos, exhibían una musculatura prominente y armónica que marcaba sus relieves a través de la blanca y ceñida braga, el cráneo voluminoso y los rasgos faciales un tanto acentuados, con mandíbula particularmente dominante; manos y pies algo exagerados en tamaño en proporción al conjunto; la piel turgente, lisa y bronceada, el cabello abundante, regularmente implantado, la dentadura perfecta, siempre abierta a una sonrisa que con frecuencia lucía artificiosa. Tal vez los ojos ligeramente apagados y los movimientos más pesados de George, podrían ser los únicos signos, en verdad, poco relevantes que evidenciaban la carga adicional de los ciento sesenta y tres años que los separaban.

"Querido Bill", respondió George, "desde hace tiempo quería hablar contigo privadamente para informarte de una serie de hechos que son sólo del dominio de la Paleojerarquía que fundó el país y que se mantienen en la más estricta reserva. Constituyen

secretos de estado celosamente guardados, cuya difusión se desea evitar a toda costa, ya que podrían llegar a constituirse en fermentos agitativos perjudiciales para la estabilidad del orden constituido".

"¡Extraño lenguaje Tátara! Sabes bien, que en el trimestre de educación general aprendemos, a través de las cintas de estudios generales todo el saber básico existente en escala universal. Los conocimientos se incorporan en ese lapso a la corteza cerebral en virtud de los cambios de los ácidos ribo-nucleicos inducidos a través de los cascos de información. Nada puede ser más perfecto que nuestro sistema organizativo y está sustentado sobre bases tan sólidas que no puede ser cambiado a través de rumores o murmuraciones". Un gruñido desaprobatorio y una sonrisa sardónica de George, no detuvieron a Bill en su exposición.

"Desde que surgió hace ciento noventa y tres años, la Paleojerarquía en la cual estás incluido, producto de la generación de formas superiores de vida que irrumpieron abruptamente sobre la faz de la tierra, como últimas expresiones de la evolución biológica, se llegó a una etapa de progreso inigualado que sólo podrá mejorar gradualmente en función de las sabias directrices que diseñan nuestros líderes. Las más avanzadas especies de homínidos, según el testimonio de algunos fósiles que se observan en nuestros museos, eran seres completamente inferiores, con cajas craneales de unos mil doscientos a mil cuatrocientos centímetros cúbicos. En los millones de libros que escribieron y de los cuales quedan muy pocos, se esbozaban apenas algunos conocimientos rudimentarios que por lo demás ellos mismos reconocían ser incapaces de aprender. Los registros indican que para alcanzar cierta eficiencia en sus labores, debían estudiar al menos ¡quince años! Había además una serie de ocupaciones rarísimas, y muy primitivas; como la de personas que se pasaban ocho horas diarias sembrando en la tierra, mientras otros gastaban el mismo tiempo en la erección de paredes, colocando bloquecitos de arcilla cocida unos sobre otros y pegándolos con una argamasa especial, exhibiendo en ello una paciencia digna de mejor causa. El grupo de los científicos y el de los ingenieros, que hoy forman las dos clases principales de nuestra sociedad, constituían ínfimas minorías. ¡En fin, para qué voy a distraer tu tiempo, en cosas que conoces tan bien como yo!".

"Oye", exclamó George imperativamente, mientras su expresión dejaba traslucir impaciencia, "no haces más que repetir, punto por punto, el contenido de la cinta de información universal; pero las cosas no fueron en realidad como te las enseñaron, y estamos lejos de vivir en el mejor de los mundos. El dominio de cuanto voy a comunicarte representa un enorme peligro para ambos, pero considero que es una obligación informarte, ya que es la única esperanza de que se abran otras perspectivas distintas para

el devenir de nuestra cultura. Me queda poco tiempo para recibir la orden de entrada a la planta petrolificadora de materia orgánica. La clínica de prótesis ha cambiado ya por tres veces el único riñón que poseo y el hígado ha sido reemplazado dos veces. En los últimos estudios con radioisótopos que se me han practicado, las gamma-cámaras muestran que en mis tejidos se ha acumulado mucha hidroxiprolina, un ámino-ácido que es un componente característico del colágeno; ello revela que las células propias de los órganos importantes vienen siendo sustituidas por tejido conjuntivo inerte, lo que traerá pronto un deterioro de funcionamiento, incompatible con el estado de salud exigido por la comunidad para la subsistencia. Por otra parte, a pesar de los grandes progresos que hemos realizado para estabilizar el número de las neuronas, el último análisis microelectroencefalográfico revela que estoy llegando al límite mínimo prescrito por la ley. A eso se añade que la cuantificación del pigmento degenerativo que se acumula en las neuronas durante el envejecimiento, proceso que tampoco hemos llegado a impedir completamente, está comenzando a afectar determinantemente el metabolismo de estas células. En la esfera subjetiva, yo mismo he notado cierta torpeza en asimilar los conocimientos de la cinta A2-46, que me llega mensualmente con toda la información relativa a la investigación médica, campo que continúo cultivando con ahínco. Estimo, por tanto, que mi caso ha de estar ya en manos del Comité de Longevidad y que no está lejana la fecha de la incineración controlada".

La expresión de asombro de Bill cambió hacia la de conmiseración. Moviendo lateralmente la cabeza en señal de desaprobación exclamó: —"¡Oh, qué pena Tátara! No sabe cuánto dolor me produce esa infausta noticia. Pertenezco a la última generación de reproducción directa en donde todavía se pueden establecer los vínculos familiares. Como bien sabes, en las últimas tres décadas los laboratorios de exorreproducción y los centros de ingeniería genética han tomado a su cargo todo el proceso reproductivo. Y sólo me quedas tú, después del malhadado accidente aéreo que segó la vida de mis padres y abuelos en aquella trágica excursión dominical al espacio. Claro que la cinta Carreño-300 nos enseñó a reprimir la exteriorización de nuestros sentimientos o mejor aún a combatirlos, pero no puedo menos que confesarte que tu ausencia habrá de serme profundamente dolorosa".

"Gracias, gracias, querido Bill. Te guardo también profundo afecto. Pero volvamos al asunto. Habrás de saber, que el poder reunirnos en esta habitación y conversar con plena espontaneidad acerca del pasado, presente y posible futuro de Neo-ucronia, ha representado un esfuerzo de muchos años. Para llegar a bloquear la información que están suministrando permanentemente los satélites de comunicación sobre todas las palabras que se pronuncian sobre la superficie de la tierra. El trabajo ha sido largo y difícil. Los

mensajes provenientes de los satélites pasan a las computadoras de la Central de Inteligencia, que los analizan y los desechan regularmente, a no ser que se hayan emitido vocablos que figuran en el código de subversión". Reclinándose hacia atrás con cierta complacencia, afirmó: —"En mi tiempo libre, he desarrollado un barniz de protección que sirve de pantalla a la acción escrutadora de los satélites".

"Te confieso que me haces pasar de sorpresa en sorpresa. Estoy convencido, tal como lo están todos mis compañeros, que la nuestra es la única fuerza intelectual genuina que ha existido a través de los tiempos, y que hemos creado el Estado perfecto. Cada día, cuando vamos en el auto-jet colectivo del Caribe a revisar los controles y la operación de los cultivos hidropónicos, los cascos de información nos suministran las noticias de nuestros crecientes avances en las distintas áreas. Las recientes investigaciones espaciales, nos colocan en la perspectiva inminente de salir del sistema planetario; los estudios psico-biológicos nos llevarán pronto a acortar a un mes el tiempo de absorción cortical de los conocimientos básicos universales, en vez de gastar tres meses como se hace en la actualidad. La esperanza de vida para las generaciones obtenidas por exorreproducción y modelado genético se acerca a los doscientos cuarenta años y el estado de salud es casi perfecto. Producimos alimentos a voluntad y la ración B-24 consumida una vez al día permite atender todas las necesidades nutricionales, además de proveer elementos de protección contra enfermedades comunes y trastornos degenerativos. La extraordinaria clase científica que poseemos viene estudiando y resolviendo con éxito los problemas que quedan. La clase de ingenieros no permanece a la zaga en las realizaciones prácticas y estamos en capacidad de rebasar todas las metas de trabajo en sólo dos horas diarias de labor".

"Es la información de masas", murmuró George con un dejo de tristeza. Ambos pestañearon al sustituirse la claridad multicolor del crepúsculo por la luz brillante y azulada de los satélites dotados de los hornos de plasma estelar. Bill continuó su relato con visible entusiasmo.

—"¡Si vieras cómo progresan las plantaciones hidropónicas del Caribe!". Hay hectáreas y más hectáreas florecientes, de vegetación exuberante, dispuestas sobre una plataforma sostenida por torres a cien metros sobre el nivel del mar. El agua es bombeada a las plantas de tratamiento en donde, de manera automática, se retiran las sales en exceso y se dejan las proporciones adecuadas para los cultivos; además, se enriquece el agua con nitratos, que se producen a partir del nitrógeno procedente de las plantas petrolificadoras de materia orgánica, que viene por los gasductos desde el Sur. Otra parte del nitrógeno lo obtenemos del plankton y de sedimentos marinos. Los helicópteros rasantes, con sus pilotos

mecánicos, realizan las diferentes operaciones con asombrosa precisión y rapidez. ¡Todo se dirige desde la Central de Nassau!".

—"Bien está que hayas hecho mención de los gasductos de nitrógeno que vienen del Sur" —interrumpió George—. "¿Conoces algo del hemisferio boreal?"

—"Se nos ha hecho saber terminantemente que no debemos traspasar el umbral del cinturón ecuatorial, donde la barrera electrostática limita las posibilidades de acceso. Precisamente allí ocurrió el accidente que culminó con la muerte de mis padres y abuelos. Los cascos no refieren nada de esa zona y estamos ya habituados a ignorarla, respetando así la disposición de nuestro sabio Consejo Directivo. Todo cuanto conozco es que las tuberías que vienen del hemisferio Sur, nos traen grandes cantidades de hidrocarburos y nitrógeno provenientes de plantas petrolificadoras de materia orgánica instaladas allí. Llegan también torrentes de metales fundidos. Pero déjame seguir refiriéndote sobre otras realizaciones, que probablemente no has tenido interés en ver de cerca, ensimismado como estás en tus investigaciones metabólicas. Cerca de las plantaciones hidropónicas, con su centro de operaciones en St. Thomas, están las pesquerías. Tuberías plásticas de gran diámetro succionan permanentemente el agua del mar, creando corrientes que arrastran millares y millares de peces, que son clasificados de acuerdo con el tamaño, forma y color por los anillos de células fotoeléctricas, pasando luego al sistema de procesamiento, en donde las maquinarias los dejan listos para proveer deliciosos manjares para nuestros agradables banquetes dominicales o los utilizan para obtener proteínas para la diaria ración B-24. Parte considerable se dedica a la cría, aun cuando estamos empleando en forma creciente proteínas obtenidas por síntesis directa de los materiales provenientes de las plantas petrolificadoras". Un poco más allá, en la vecindad de Bermuda, operan permanentemente los mecanismos de perforación del fondo marino, que nos permiten obtener neucronium, metal que seguramente habrá de definir nuestra era, que por su ligereza, solidez y altísimo punto de fusión, nos ha permitido las extraordinarias obras de ingeniería que estamos llevando a cabo; entre otras, la estructura del complejo anillo electrostático ecuatorial".

George se alzó de su asiento con cierta violencia, pálida la faz y los labios apretados, traduciendo incontenible ira.

—"¡Tonterías ¡Necedades!" —exclamó con vehemencia—. "¡Esas realizaciones, con todo el mérito que indudablemente poseen, nada significan al lado de las predaciones y asesinatos que cometimos para instalar Neo-ucronia; poco valen al confrontarlas con la pérdida del libre albedrío, que ha sido el terrible precio a pagar por estas ventajasmateriales!¡Lejos de ser un pueblo grande, expresión del logro de una elevada meta de la condición humana,

tal como a diario nos lo inculcan, somos duros y fríos, insensibles y egoístas, malvados y criminales!".

—"Calma, Tátara, me desconciertas con tus explosiones emocionales, que además de ser de mal gusto, están desvinculadas de la realidad. ¿Acaso los años han turbado la plenitud de tu bien ponderado y rico intelecto? ¿Será, efectivamente, cuanto dices resultado de la excesiva acumulación pigmentaria en tus neuronas? No quiero, por circunstancia alguna, refrenar tus anhelos de comunicación, pero toma de nuevo asiento y habla con la debida serenidad, que con mucho gusto habré de escucharte, aun cuando la línea de tu pensamiento se aparte de la más elemental sensatez".

—"Los jóvenes no son culpables" —sentenció George, bajando la intensidad de la voz y tomando de nuevo asiento. Y luego con evidente pena continuó su relato—. "Nosotros, quienes constituimos el núcleo de la Paleojerarquía, somos, ay sí, los responsables, al participar activamente o dejarnos arrastrar en los terribles sucesos que precedieron al establecimiento de Neo-ucronia. Habíamos descubierto las vías de conferir, a los habitantes de nuestro país, una extraordinaria fortaleza física y una capacidad intelectual nunca igualadas. Los estudios sobre la hormona de crecimiento y las investigaciones sobre el papel de los ácidos nucleicos en la memoria, así como la posibilidad de manipular la información genética, nos permitieron alcanzar un poderío casi ilimitado. Estos conocimientos pasaron a ser de inmediato secretos de estado, muy a pesar de la mayoría de los científicos, para que sobre su utilización decidieran oportunamente los detentadores del poder. En una sola generación fuimos impulsados a una posición biológica tal, que a través de los penosos procesos de la evolución natural hubiese tomado al menos un millón de años. Nos prepararon luego psicológicamente para la guerra y la destrucción. El mundo, se nos decía con insistencia, ya no tolera más habitantes. Cien años más y comenzarían el canibalismo y la destrucción mutua de la especie. Además, se difundía permanentemente la tesis de que teníamos que preservar para el futuro de la humanidad a los seres superiores que, naturalmente, éramos nosotros. Ello implicaba deshacerse, de un excedente de sujetos que además de ser gente incapaz, de escasas capacidades intelectuales, creadora de conflictos, se reproducía como hormigas y amenazaba con cubrir totalmente la superficie de la tierra con una masa amorfa que todo lo ahogaría con su vaho pestilente. Y así, el Capítulo Segundo de la Constitución estableció las medidas a tomar para evitar el supuesto desastre En las disposiciones legales, se señalaba ya en forma determinada, en base a las consideraciones antes señaladas, cómo se debía sacrificar a estos millones de personas; pero, además, se establecía que dado que los recursos naturales existentes en el globo son limitados, debían ser aprovechados exhaustivamente, por lo que, en consecuencia, se precisaba recuperar, para beneficio de nuestra

raza, la enorme cantidad de materia orgánica que iba a quedar disponible al realizarse la citada liquidación de los seres inferiores. Las provisiones de petróleo obtenido del subsuelo estaban ya prácticamente agotadas y a pesar de que se había alcanzado la utilización práctica de la energía de fusión nuclear en los estelera-dores y las cantidades de poder eran limitadas, se requerían hidrocarburos para sostener la elaboración creciente de plásticos y otros productos industriales. Se organizaron así las plantas de petrolificación de materia orgánica. Y en vez de hablar, como era lo justo, de asesinar, se usaba el vocablo suave y evocador de alta técnica: petrolificar. El eufemismo fue consagrado en la Constitución y creo, querido Bill —y una sonrisa sardónica asomó a sus labios—, que nuestra era, lejos de ser la edad del neo-ucronium, habrá de pasar a la historia como la era de la petrolificación"...

—"¡Oh, deliras, Tátara!" —apuntó Bill con énfasis en tanto se hacía aparente en su faz la mezcla confusa y agobiante de sus emociones interiores; asombro, desagrado, angustia.

—"¿Delirio?, ¡Claro, delirio sostenido por el disgusto, la inconformidad reprimida y estéril! ¡Pero aún tienes que oir mucho más! Las acciones programadas comenzaron a llevarse a cabo. Lo primero que realizamos fue la separación física de los dos hemisferios, que se efectuó en tal forma que permitía a los neo-ucronianos pasar a voluntad al Sur, al mismo tiempo que ponía una infranqueable valla a los que designábamos como subdesarrollados para viajar al Norte. Se inició la destrucción con la siembra, por medio de cohetes, de los reservorios de agua, previamente bien ubicados, con el Virus Tribut. En sólo tres días, las grandes ciudades se convirtieron en cementerios naturales. Siguieron luego las pequeñas poblaciones y la incontrolable epidemia se extendió rápidamente por los campos. Al cabo de tres semanas, apenas quedaban algunos grupos nómades perdidos en los bosques. Habíamos advertido a los otros países del Norte de la existencia de la fulminante infección y que en virtud de ello se iba a proceder al aislamiento mencionado, de tal manera que los periódicos de dichas naciones, unas grandes hojas que imprimían diariamente con el propósito de difundir las noticias, no hicieron más que alabar nuestra previsión, que había impedido que todos los habitantes del globo pereciesen. Luego, el área del hemisferio Sur fue dividida en 400 grandes zonas y en cada una de ellas se instalaron los sistemas de las plantas petrolificadoras automáticas, que con sus grandes palas arrasaban con toda materia orgánica y, en virtud de procesos similares a los que determinaron en las antiguas eras geológicas la formación del petróleo, producían grandes cantidades de hidrocarburos, y el nitrógeno liberado en forma gaseosa era también aprovechado. Un procedimiento de reforestación regeneraba las zonas utilizadas. Al mismo tiempo se organizaron las minerías automáticas, que, con sus tuberías a alta temperatura, enviaban

minerales fundidos a larga distancia. Todo ello habría de permitirnos contar con materiales para abastecernos por tiempo indefinido si se tiene en cuenta que habíamos logrado estabilizar la población de nuestro Estado en 100 millones de habitantes, que por lo demás eran cuidadosamente seleccionados".

—"¡Increíble!" —exclamó Bill, al mismo tiempo que se ponía de pie y comenzaba a dar zancadas de pared a pared, en el pequeño ambiente—. "¡Fue brutal y monstruoso! ¿Cómo pudieron destruirse fríamente millones y millones de seres?".

—"Nosotros mismos —continuó George ensimismado en su relato—, ¿no somos acaso llevados, voluntaria o involuntariamente, a la cámara petrolificadora tan bellamente diseñada, donde se aprovecha igualmente nuestra materia orgánica? Pero sigo mi historia. Era preciso, luego, destruir a nuestros enemigos reales o potenciales del hemisferio Norte, así como el remanente de atrasados que vivía por encima del Ecuador. La cuestión era más difícil —ya que no habíamos desarrollado medios preventivos para evitar la infección por el Virus Tribut que pudiéramos usar para protegernos—.. Además las bombas de hidrógeno eran demasiado llamativas, hacía tiempo que se habían establecido acuerdos para proscribir su uso y la retaliación hubiera sido inevitable. Diseñamos entonces un programa a base de prédicas, ácido lisérgico y toxina botulínica. Difundimos el uso de ácido lisérgico en el seno de las masas de los países que debían ser destruidos y enviamos un grupo de eminentes predicadores, que con sus discursos sobre las delicias de la otra vida arrastraban a los grandes conglomerados drogados hacia el más sublime éxtasis. Alucinaciones maravillosas conmovían a las multitudes, sacudidas en sus más íntimos impulsos emocionales. En tanto, comenzó a actuar la toxina botulínica, liquidando a millones de personas cada día. Nadie se ocupaba siquiera de levantar los cadáveres, sumergidos como estaban en el mundo de las más dulces y supremas ilusiones, de los placeres espirituales infinitos, de las realizaciones imaginativas nunca soñadas. Mas, una vez cumplida la misión, muchos de los predicadores enloquecieron en un delirio de grandeza ayudado por el uso indebido de ácido lisérgico, que se les había prohibido ingerir, y regresaron con la ambición de convertirse en dirigentes de masas que pretendían llevar igualmente a los neo-ucronianos hacia la contemplación, empleando la misma fraseología rimbombante y huera que habían ido a difundir en cumplimiento de las órdenes del Gran Canciller. Y cuando se trató de orientarlos hacia el camino recto, se revolvieron como fieras contra el Gobierno de Neo--ucronia en plan de abierta subversión. Hubo de intervenir nuestra poderosa policía de combate, el Grupo S.S., que a duras penas

sofocó el intento. Terminaron, al fin, en las plantas petrolificadoras. Los que quedamos, la generación que instaló a Neo-ucronia, fuimos honrados con la designación de miembros de la Paleo-jerarquía".

—"¡Es horrible!" —exclamó Bill, llevándose las grandes manos a la cabeza y tapándose los oídos en ademán de negarse a seguir escuchando. Se le hacía difícil la respiración y se acercó a la ventana con el evidente propósito de permitir la entrada del aire exterior. Pero en el acto un poderoso empellón lo sacudió.

Era George quien lo empujaba, al mismo tiempo que le reprochaba —¿"Estás loco? ¿Quieres destruir el barniz de protección?"

Bill, abatido, se sentó de nuevo sosteniendo su cabeza sobre los puños.

—"Estás abriendo mis sentimientos a la inseguridad, a la angustia y a la infelicidad, Tátara. ¿No era mejor ignorar? ¿Podré ahora dejar de pensar en todas esas crueldades, cuando en las mañanas me quite el casco de recuperación cerebral y de estimulación muscular subliminal y vaya a realizar mi trabajo en el Caribe? ¿Podré mantener el secreto de nuestro infausto origen ante la bella Frida, con quien comparto las más íntimas confidencias o ante los compañeros de la planta hidropónica que me distinguen con su amistad más profunda?"

—"Bill, es necesario luchar. Tenemos que crear células organizativas bajo la protección del barniz, hacer frecuentes conciliábulos, informar sobre el trágico pasado y sobre las condiciones actuales de la tremenda dictadura impulsada por el Consejo Directivo, o mejor aún por el hombre clave de la organización, el Gran Canciller. Debemos cambiar las condiciones actuales y avanzar hacia un nuevo régimen digno, humanitario, y de libertad".

—"¡Oh Tátara! ¡Qué de nuevas y raras palabras!".

—"Claro, no sabes. Son expresiones terminantemente prohibidas, que de poder ser captadas por los satélites de la Central de Inteligencia, sacudirían hasta sus más intrincados canales el sistema de la alarma antisubversiva. Pero déjame seguir informándote".

Se veía ahora que Bill había sido tomado definitivamente por la curiosidad, y el deseo de saberlo y entenderlo todo.

—"Algunos descontentos comenzaban a dejar oír sus voces. Incluso varios miembros del Consejo Directivo anunciaron en sesiones tormentosas que se estaban llevando las cosas con una violencia no contemplada en los planes originales. Empero, el Gran Canciller fue recio. Movilizó sus adictos de la Paleojerarquía para separar del organismo supremo a sus opositores, que se vieron obligados a atravesar el dintel de las cámaras petrolificadoras. Se impuso así definitivamente la dictadura psicológica. El laboratorio psicodinámico que había sido organizado de antemano por el Gran Canciller asumió el control total de la Central de

Inteligencia. Se hizo obligatorio el casco de información para todos los ciudadanos y en muy poco tiempo se anularon los ácidos ribonucleicos cerebrales indeseables y se fue creando la conformación mental deseada con el uso sistemático de las cintas transcriptoras, sensorio-intelectivas. Como operación científica, aquella gestión resultó extraordinaria, mas fue lastimoso ver cómo la información tendenciosa y falsa llegaba directamente a la corteza evocando imágenes, percepciones usuales, táctiles, auditivas, gustativas y olfativas de una aparente realidad, que inducían la ineludible conciencia de una verdad, de una sola verdad, la que quería el Gran Canciller que fuese la verdad. Antes de instalarse Neo-ucronia, teníamos la prensa, la radio y la televisión y corrientemente se usaban para engañar a la gente, de acuerdo con los intereses dominantes, pero había escapes al pensamiento crítico, que en muchos casos hacían recapacitar a la gente y reorientar el pensamiento de acuerdo con líneas más acertadas. Además, en las Universidades, que así se llamaban los centros de estudios donde se impartía enseñanza a través de un largo y penoso proceso, se había mantenido con gran esfuerzo un sistema llamado de autonomía, que permitía que cada quien expresara sus puntos de vista y sus criterios personales sin que ello le condujera a perder su posición. Todo eso lo llamábamos libertad de pensamiento y se consideraba parte substancial de la realización integral del hombre, y expresión decantada de la dignidad humana. La autonomía sufría grandes bajas en la etapa preneo-ucroniana, pero siempre había quien alzase la bandera de la independencia intelectual. Se creía, y yo todavía lo creo, que el ansia de libertad estaba consustanciada con la misma naturaleza del hombre. Estoy seguro de que en muchos miembros de la Paleojerarquía vive aún esa idea y que en su fuero interno se conserva el anhelo del cambio. La cuestión por dilucidar es si las nuevas generaciones, condicionadas a diario por las cintas transcriptoras, podrán liberarse de las influencias conformadoras de sus ácidos ribunucleicos. Abrigo la esperanza de que los operones que regulan la información genética contenida en el ácido desoxiribunucleico, que se desarrollaron a través de millones de años de evolución biológica y que impulsan al hombre a la libertad, no puedan ser apagados definitivamente por la prohistona, incorporada de la Ración B-24. Estoy seguro de que si lográsemos introducir una célula subversiva en la planta productora y sabotear ese proceso, surgirá de nuevo con gran fortaleza el deseo de libertad y contaríamos en un instante con una enorme masa de población lista para llevar a cabo la revolución contra la dictadura. En el nivel biológico, como puedes apreciar, sólo se trata de un antagonismo entre ácidos ribonucleicos transitorios antilibertad, que han de ser inducidos regularmente, y la acción genética del ácido desoxiribonucleico prolibertad, cuya ingerencia se bloquea con la prohistona. No podemos actuar para romper la

sumisión sino en alguno de estos dos sectores. El primero es prácticamente imposible, ya que es el que recibe la atención más directa de la Central de Inteligencia; el segundo, aun cuando bien cuidado, es más susceptible de sabotaje. Y hay que proceder muy pronto, ya que en el Centro de Ingeniería Genética se acercan ya a la posibilidad de destruir definitivamente esos genes en los óvulos y espermatozoides de la planta de exorreproducción. Por otra parte es muy probable que en un corto lapso entren en funcionamiento los nuevos cascos de información, que poseen un sistema de retroalimentación y que transmiten a la central las condiciones psicofísicas del órgano para ajustar la magnitud de los impulsos que se le envían y al mismo tiempo señalar la existencia de pensamientos subversivos; en unos dos años, los citados cascos estarán siendo producidos masivamente, sustituirán a los satélites de información y establecerán una vigilancia universal tan rígida que todo intento de liberación habrá de resultar completamente infructuoso".

—"Abres un negro panorama a mi dormida conciencia. Veo ahora que la situación es realmente terrible. Pero, ¿qué puede hacer una persona ante tan inconmensurable poderío? Hay que conversar en secreto, convencer, luchar contra los poderosos influjos técnicos del sistema, hacer reuniones, despertar entusiasmo, promover acciones. ¡Y todo ello sin que llegue al domino de la Central de Inteligencia! ¡Dura tarea la que me impones! ¡Toda una empresa en el límite de lo imposible! Y ahora te pregunto, Tátara: ¿No pudieron hacer ustedes nada efectivo cuando se iniciaba este proceso? ¿Fueron los forjadores de la revolución científica insensibles a los lamentables hechos? ¿Por qué permitieron impasibles la destrucción sistemática y organizada de millones y millones de seres?"

—"Los científicos de la era pre-ucroniana se podían ubicar en tres grupos. Uno minoritario, en abierta convivencia con los factores de poder, desarrollaba una labor intensa e impulsaba con ellos el establecimiento del nuevo Estado; trabajaban en forma activa para dotarlos de todo el poder creado por la ciencia y de la moderna tecnología y de emplearlos al servicio de sus intereses egoístas. Ponían al alcance de ese sector, sin la menor vacilación, instrumentos de destrucción masiva, artefactos explosivos, cohetes, virus, toxinas bacterianas, substancias químicas y los poderosos los usaban sin vacilaciones, para impulsar la formación de un imperio universal inigualado. Los científicos que llevaban a cabo estas tareas con las enormes ventajas materiales que recibían, acallaban sus escasas reservas morales. Otro sector, ampliamente mayoritario, se había conformado a la cómoda idea de que la creación de los conocimientos era una tarea desvinculada de las responsabilidades derivadas de su empleo. No querían ver que cada nuevo descubrimiento se reflejaba en poder, que el poder

forma parte de la política y de que ellos sensibles o insensiblemente estaban ofreciendo los elementos para que ocurriesen cambios sustanciales en la sociedad. Tampoco deseaban darse por enterados de que muchos de sus hallazgos, no se usaban en beneficio de la humanidad, sino para su explotación, para su destrucción, o para ventaja de pocos. Y esta actitud les servía de escudo para quedarse marginados ante la evolución desfavorable que se venía registrando y que tendía a limitar cada vez más las libertades e incluso a perturbar la independencia académica de sus propios centros de estudio. Un tercer grupo, proporcionalmente pequeño, constituía la antítesis del primero: luchaba por la paz, por la libertad, por la utilización humanitaria del conocimiento, por una ciencia al servicio de las potencialidades creadoras del hombre. Pero a no ser que hubiesen alcanzado una elevada talla científica, eran discreta o bruscamente apartados, cuando no perseguidos. A todos se les miraba con desconfianza, se les calificaba de antipatriotas y se les tenía como gente poco seria e indeseable. Frecuentemente alborotaban en las Universidades, alteraban la calma académica o salían en manifestaciones con pancartas que se consideraban perturbadoras. En síntesis, había un grupo pequeño de no conformistas, otro grupo no muy nutrido que todo lo entregaba para conservar sus privilegios y la gran masa indiferente que sólo quería paz para satisfacer con la mayor plenitud sus inquietudes vocacionales en las pesquisas científicas. Estos últimos, entre los cuales me encontraba, se adaptaban pasivamente a las situaciones inconvenientes que iban surgiendo en forma progresiva. Cuando quisimos reaccionar ya era tarde, aun cuando reconozco que ello quizás fue también una excusa que nos forjamos para no obligarnos a tomar posiciones incómodas y peligrosas. El ejemplo de lo que ocurrió cuando se inició la ofensiva contra la autonomía universitaria fue aleccionador. El grupo más combativo que dirigió el movimiento de defensa fue expulsado de los laboratorios y gabinetes y perseguido. Sus integrantes fueron los primeros en conocer las delicias de las plantas petrolificadoras. Ello contribuyó a detener los arrestos de algunos de nosotros, a la espera de una mejor ocasión, que nunca se ha presentado. No abrigo dudas de que tú habrás de encontrarte en situación similar y es posible que nunca puedas llegar a hacer nada. No obstante, consideré una obligación tratar de expresar mis inquietudes y algunas ideas sobre posibles planes a alguien de confianza, que pueda siquiera en el futuro mantener encendida una pequeña llama de esperanza".

—"Te entiendo, Tátara, y veo con simpatía tus propósitos. ¿Pero no has tenido oportunidad de comunicar tus ideas a otros en épocas pasadas?"

—"Sí, Bill. En una ocasión muy bien preparada, planteé la situación en el círculo familiar. Tus padres y abuelos conocieron de este asunto y quedaron profundamente impresionados".

—"¡Ah! Entonces el accidente..."

—"Sí, no pudieron resistir el deseo de ir a ver sobre el terreno el estado actual del hemisferio Sur".

—"¡Qué desgracia! Ello hace más firme mi decisión de contribuir con todo empeño a secundar tus planes. ¿Crees que el punto central de ataque es el sabotaje de la incorporación de prohistona L a la alimentación?"

—"Exactamente. Además, en las tareas iniciales, se requiere preparar varias cámaras protegidas contra los satélites de información, aplicando el barniz que he desarrollado. Por otra parte, no creo difícil comenzar a añadir en las plantas automatizadas de pintura de revestimiento este mismo material, si se logra convencer al ingenieron de la fábrica que funciona en Sicilia. A lo largo de unos veinte años de trabajo sostenido he logrado almacenar en algunos sitios suficiente material para que la pintura de los próximos dos años ejerza una acción protectora eficaz. En este plano, —y sacó una hoja gastada de bolsillo— están señalados los lugares donde se encuentra almacenado el barniz. He hablado con el ingeniero AZL-Pint-33 y tengo la impresión de que es persona abordable. Empero, es probable que sea preferible comenzar por la operación más limitada, por ejemplo, proteger la caseta de control de la planta hidropónica del Caribe".

Habían hablado durante un tiempo considerable. Los relámpagos de color de los satélites que marcaban la hora se habían repetidos muchas veces.

Bill se levantó con calma de la silla. Su confusión era visible. Guardó parsimoniosamente el plano e hizo un ademán de despedida.

—"Habré de pensarlo cuidadosamente, Tátara, y volveré a hablarte pronto. Quizás entonces pueda darte alguna noticia y podremos trazar un plan de acción concreto para abrir operaciones. Te confieso que no he entendido a fondo toda tu disertación. Pero algo profundo ha vibrado en mi ser al conjuro de esas palabras que parecieran poseer un contenido mágico: libertad, humanitarismo, dignidad humana. Casi tienen conexión con el estado de satisfacción espiritual que sobreviene los domingos cuando consumimos la dosis premonitora de la celebración y nos llegan tan hermosos mensajes a través de los casos de información. ¡Hasta pronto!".

George lo vio salir con una sonrisa de satisfacción. Sentía un profundo alivio; ¡quizás un nuevo rumbo se abría desde ese instante para la humanidad!

Bill caminaba por el corredor sumido en profundas reflexiones. El casco le hacía ver en ese momento el Salto Angel. Estaban haciendo un relato geográfico sobre el límite sur del Estado. Nada de eso le interesaba ahora, aquellas palabras misteriosas ocupaban su mente en forma determinante. Casi mecánicamente tomó el

ascensor hacia la terraza donde tenía estacionado su vehículo. ¡Pero un cambio brusco de voz en la transmisión lo sacudió! El olor acre impartido por el casco le hizo saber sin lugar a dudas que se trataba de una orden. Las palabras nítidamente pronunciadas al parecer sin matiz autoritario vinieron a desviar su preocupación y angustia en otra dirección.

—"El ingeniero LM- Hidrop- 79 debe pasar de inmediato por la Oficina 405 de la Central de Inteligencia".

La orden fue repetida tres veces. No había que perder tiempo. Su auto-jet lo llevaría en pocos minutos a su destino. El tráfico estaba algo congestionado. Buena excusa para demorar un poco la llegada. Sentía en su cuerpo manifestaciones extrañas nunca experimentadas. Un ligero temblor lo sacudía y se le hacía difícil la respiración; una molestia indefinible en el límite del dolor se apoderaba de sus vísceras abdominales. Nunca había estado antes en el enorme edificio resplandeciente que había visto en varias ocasiones. Alguna que otra vez, los noticiarios que llegaban a través del casco habían mostrado las extensas salas cargadas de computadoras y algunos departamentos de estudio. Al lado, una planta petrolificadora de gran refinamiento destinado únicamente al uso de la Central. Posó suavemente su máquina en el espacio marcado sobre la terraza con el número 405. Descendió y en pocos minutos anunciaba su presencia al psicoexaminador de turno. La misma tersura de la faz, la misma expresión sonriente y acogedora, la misma contextura física poderosa. La braga ceñida al cuerpo como la que acostumbraban usar los neo-ucronianos, se diferenciaba sólo por el color verde limón.

Bill intuía el motivo de la llamada. Seguramente había murmurado las palabras mágicas sin darse cuenta y los satélites lo habían evidenciado. También sabía lo que le esperaba.

—"A su orden, compañero".

—"Bienvenido. Por favor tome asiento". Y reclinándose hacia atrás en su silla giratoria le anunció: "Registramos una irregularidad en su casco de información, ingeniero. Parecía que algunas interferencias bloqueaban la llegada de nuestras transmisiones. Algo raro que no se observaba por años en el sistema ha ocurrido y deseamos investigar. Deje su casco aquí y con esta orden recoja uno nuevo en la planta de producción Brisapol. Es todo, compañero, y que siga bien. Adiós".

Bill suspiró profundamente. El psicoexaminador sonrió con mayor amplitud.

—"¡Adiós y gracias compañero!"

Pronto estaba volando de nuevo. ¡Frida habría de estar impaciente!

JOSE BALZA

Racine desde el aeropuerto

De pronto el jet dispuso la ciudad dentro de nosotros; a la definida y brumosa superficie de cuadrados sucedió una ambigua concreción: la gente, los edificios, puertas y vehículos. Temí por un momento; nuestra inferioridad ancestral ante la delicadísima técnica de los ingenieros resurgió. Pero estuve sereno en seguida: superior a todo ese mundo de la ciudad —eléctrica y cálida, brillante—, mi propio espíritu protegía.

Encontré el grupo de profesores esperándome. Saludé con parquedad y efusión. Marchamos en un pequeño vehículo desde el aeródromo a la Universidad, otra vez sobre la ciudad. Todo se cumplía como previeron nuestros sabios. Aún no sé quién soy aparte de la amplitud de conocimientos históricos que he almacenado y del lenguaje especial que creo saber trasmitir. Debo ser cauto: fue la única regla. Lo demás quedará amoldado y anticipado por mi inteligencia. Desde luego, molesta esta cosa pesada que es mi cuerpo y envidio un poco a mis compañeros de investigación: etéreos, aún permanecen en nuestro mundo calibrando su sensibilidad y su pensamiento con los desafíos que cada planeta nos impone. Desde Brasilia, aún invisible, hice los contactos; de mi aprendizaje del idioma hay huellas en los documentos que envié: cuando así lo permitía el tono de algún mensaje transcribía párrafos completos de *Fedra:* nada podía superar a un clásico francés. Ahora el *jet* me trae al núcleo de la ciencia. La salvación de nuestra especie habrá de ser efectiva: descubriré los componentes fisiológicos y psíquicos que permiten al científico la elaboración de su simbología técnica. Sólo estos seres, los hombres, poseen tales ingredientes.

La Biografía que concocen estos sabios me describe como silencioso y erudito. No les extrañará mi torpeza del comienzo. Investigar juntos, añadir a los suyos —de laboratorios y variaciones matemáticas— mis conocimientos de la Historia, eso implica el programa especial de la Universidad que me trae.

Nuestra carencia aptitudinal cubre no sólo lo referente a la asimilación de conceptos técnicos, sino también —o tal vez únicamente— nuestra incapacidad para el empleo de signos abstractos en representaciones funcionales; puedo pensar en términos matemáticos, pero no *expresar* tales símbolos. De ahí el triunfo de mi lenguaje: he sido elegido para el viaje porque en más de tres millones de años sólo yo he logrado hablar y escribir. Cuanto expreso es una mínima parte de lo que realmente conozco: es suficiente, sin embargo, para los hombres. Los compañeros que iniciaron conmigo esta aventura fracasaron, pero mi espíritu los alcanza; estoy con ellos y ellos pueden comprender con eficiencia mi imaginación.

París; años 3002 d.c.: lugar y año de salvación para mi especie. Atiendo a todos, nuevos rostros se acercan hasta nosotros en los pasillos de la Universidad. El vehículo que nos trajera desde el aeropuerto está detrás, en el gran patio. Bellas muchachas que controlarán los registros de mis conferencias nos preceden. Vamos a una sala especial de recepción. Casi no he hablado, pero mi afabilidad y la luz personal que irradio al enfrentar a cada persona los subyuga. Debo parecer un hombre maduro y jovial.

Ya estamos siendo llevados a nuestros respectivos asientos. Una red de cámaras y pantallas llevará mi mensaje a todos los sabios y estudiosos de la Historia: la conozco, a ésta, como a mí mismo; estuve inclinado sobre la tierra desde su formación hasta ahora.

Digo dentro de mí mismo —para mis compañeros— que todo está ganado. Saludo y respondo con un gesto de bienvenida. Doloroso esfuerzo por juntar los sonidos y las palabras, pero sólo en el fondo. De mi boca emerge la sonoridad del idioma francés en sobrias construcciones gramaticales. Hago extremadamente dulce y penetrante la dispersión de las frases. Metamorfosis de mí mismo: mi historia que desaparece para dar lugar a ese signo complejo y terrible: el lenguaje, debilidad del espíritu.

Hablo durante algunos minutos, concentrado. No puedo admitir mi poder de persuasión: las secretarias están inmóviles ante sus aparatos y los sabios se inclinan con especial atención. El estupor de ellas pasa también a mí. El silencio, un roer inesperado, me envuelve. Se levantan algunos de ellos y hablan en el orden de su importancia jerárquica, pero no entiendo sus palabras, sino su pensamiento. Sólo al final se para un especialista; sus palabras llegan con claridad a mí. Le escucho y mi sorpresa no tiene relación con la sala: todo en mí vuelve al comienzo, a la espera de otros millones de años. Hubo un error de tiempo en nuestra investiga-

ción: no pudimos prever que el lenguaje de los hombres había cambiado.

—Distinguido profesor —dice el especialista—: ¿De dónde viene usted? Yo recibí sus mensajes y a ellos di curso para esta sesión. Pero no me interesaba la Historia: mi objetivo era conocer a alguien que pudiera expresarse como lo ha hecho usted. Tampoco estos sabios esperaban lo que están viendo. Yo soy un especialista en lingüística y semántica antiguas; ellos también, de la lengua actual. Usted habla como los personajes en la ***Fedra*** de Racine: logró mantener viva una forma de lenguaje que desapareció hace siglos. ¿Cómo puede explicar el fenómeno?

LUIS BRITTO GARCIA

Utopía

En el país de Gerontia, ustedes no lo van a creer, funciona la Utopía. Nace niño, se toma niño, se impide salgan dientes niño, se arruga la piel niño, se implantan cataratas artificiales en los ojos niño, se envenenan huesos niño, se arrancan pelos niño, se le implanta asma artificial niño, se castra niño, se producen esclerosis artificiales niño, y es como un anciano, es viejo ya, sólo hay que quitarle la iniciativa, ponerle horror a lo nuevo y adoración a lo que fue y en realidad quizá no fue así, como lo cuentan los manuales de historia, o nunca fue.

La vida de estos niños que sólo tienen segunda infancia es breve y ellos lo saben, por eso se van corroyendo poco a poco de egoísmo y de miedo y los entierran después de velarlos en el Paraninfo de no sé que cosa y decretan varios días de duelo y dejan vacante el sillón de la Academia.

La Utopía de Gerontia se hizo siguiendo los consejos de ancianos. No hay allí revoluciones, no hay organizaciones clandestinas, no hay faltos de respeto que se rían de los viejos y, parece increíble, no hay crisis de la juventud, ni irresponsables, ni nada de eso hay. En las tardes, muchos ciudadanos salen en sillas de ruedas, pasean, pasean, y se confortan pensando que el tiempo está tibio, que el reuma no duele, que todo está bien.

Ahora se está pensando trasladar el sistema de Gerontia a otros países, ahora se elogian sus virtudes, ahora se implantan parcialmente y a veces secretamente sus reformas en otros sitios, ahora, de repente alguien lo comprende, el mundo entero es ya Gerontia.

Consérvese joven consérvese joven

La vida eterna, no, la longevidad, tampoco, nada de esto lo ofrece la ciencia pero sí por lo menos el privilegio de la vejez controlada, envejecer por partes, concentrar el proceso sobre miembros prescindibles, por ejemplo, todo el avejentamiento transcurrido entre los veinte y los veinticinco años poder transferirlo al dedo pequeño del pie izquierdo, y así, ver como sólo en cinco años éste se arruga, se encorva, se infarta, se necrosa, se hincha, se retuerce, se desprende, y entonces, sentida pero íntima ceremonia, llevar las minúsculas falange falangina falangeta hasta su última morada después de haberlas visto convertirse materialmente en cenizas.

Entre los veinticinco y los treinta el proceso es acaso más serio pero pronto se aprende a disimular la cojera y basta inventar pretextos para no bañarse en público, al final, carpo metacarpo tibia y peroné, goce señor el descanso eterno pero qué rapidez miren que de la noche a la mañana agusanarse mejor empezamos con el otro lado.

Según y como el temperamento se puede luego elegir entre la silla de ruedas o los miembros artificiales, difíciles de manejar pero sumamente prácticos. Ser diestro o zurdo decide la continuación del proceso, dedo por dedo, hasta que, bueno, se concluye con las extremidades y la decisión sobre cual parte del cuerpo debe envejecer se hace cada vez más delicada y al tronco se conectan bombas, filtros y alambiques que a veces funcionan bien y a veces no.

Al fin, sólo al fin, el proceso llega a la destroncada cabeza de adolescente, y ésta, poco a poco —un grito generalmente acompaña la primera señal— se libra de la humillación de la juventud, en breves días comienza su acelerada redención, se va haciendo ya irreversiblemente ya indeteniblemente ya declaradamente ya pútridamente ya gaseosamente, respetable.

Los juegos de la infancia

En las noches hay bonitos fuegos y durante el día las corrientes de aire caliente que ascienden facilitan el volar cometas, cometas que sin embargo no elevamos porque primero los familiares dijeron que no y luego no había con qué hacerlas y, en fin, otras cosas nos preocupan. Antes debíamos ir mucho a la escuela y acostarnos temprano, pero ahora que no hay escuela todas las horas nos pertenecen y aún las de las noches, cuando es malo dormirse por más sueño que uno tenga. Antes tanta soledad que tenías en tu mundo de niño y la poca esperanza de que los mayores condescendieran a participar en los juegos, y ahora todos juegan, no hacen más que jugar desde el día en que bajaron los aviones de los cielos y comenzaron estos largos escondites entre los árboles, donde mamá, o papá, por ejemplo, a veces se hacen un ovillo tras el follaje y con los ojos te suplican no hagas ruido, no dejes que vean donde estoy, o a veces la tía también juega y se separa de nosotros y se esconde tan bien que nunca la encontramos, de manera que podemos imaginárnosla dentro de un cráter, con los ojos cerrados contando primero hasta cien, después hasta mil, finalmente hasta un millón, hasta acabarse los números que enseñaban en la escuela antes de la mañana en que nos dijeron que la escuela se había vuelto humo y cenizas y pensamos que habían volado a las nubes y se habían perdido sin remedio todas las letras, los números y los dibujos del mundo, que estaban guardados en ella.

También es bueno jugar a las adivinanzas. Qué de misterios encierra un trozo de tela chamuscada que cae de los cielos, preguntarse si vistió a una niña o a una muñeca, qué de curiosidades en las cenizas que llueven constantemente, discutir si fueron de cosechas de arroz o de cebada, qué de perplejidades, en este largo juego de viaje, despierta el hallazgo de las ruinas de un pueblo en el cual no quedan habitantes a quienes preguntar el nombre, y entonces aventurar: era el pueblo de la tía abuela, porque todavía queda algo de la colina en el norte, o bien: era el pueblo del primo segundo, porque aún hay anzuelos fundidos en lo que fue el cauce del río. O bien, apostar sobre la ruta de los aviones en el cielo: darán la vuelta y envenenarán el norte. Están de regreso, han incendiado el sur. No, van al oeste, contaminarán los lagos. No,

vuelven al este, esterilizarán los bosques. Qué de variado este largo juego de escondites y de desapariciones, con niños nuevos que salen a veces de madrigueras que no pensábamos y niñas conocidas que no vemos más; qué de diferencias entre los que nos acurrucamos en las noches y los que amanecemos. Qué soledad, por fin, ahora que se han escondido todos, todos, y después de contar hasta cien, por días y por días vagas buscándolos por el país en el que llueven rojos tizones, pavesas de cuadernos y cenizas de rasgados velos nupciales.

La guerra en el tiempo

Ahora lo saben hasta los niños de escuela: Einstein dijo que el espacio y el tiempo son un continuo; Milne demostró que el desplazamiento en el espacio altera el transcurrir del tiempo; Ramacharaka predijo y demostró que alcanzada la velocidad absoluta —luz— la masa se hace infinita y el tiempo no sólo retarda sino que además se detiene y revierte y zúm el viaje al pasado, hurra, la máquina del tiempo, hurra, se puede visitar a Mozart, hurra, mirar pintar a Hieronimus Van Aken, hurra, decirle a Voltaire no seas pistola no te dejes meter en la Bastilla, cosas de éstas, hurrra.

Cómo no iba a interesarle la cosa a los militares, la guerra consiste en efectos y en causas, dijeron, controlando las causas se controlan los efectos: no matar a los soldados hoy, matar ayer a los niños que ellos fueron; no eliminar hoy los árboles, envenenar ayer las semillas; no asesinar a los sabios y a los revolucionarios hoy, tronchar ayer a los colegiales que fueron. Luego: fulminar Tréveris porque allí nacerá Carlos Marx en 1818, y, por qué no, del lado opuesto, liquidar Hoboken en 1940 porque allí nacerán los posibles destructores de Tréveris; cada hecho de la historia, fasto o nefasto, atacado o protegido en una universal batalla, la guerra en el pasado el tiempo universalmente demolido y restaurado, al final, debilitado y desplomándose, todas las causas de las cosas desapareciendo, desapareciendo por ejemplo Haendel —una bomba de deuterio en Halle, en 1685— desapareciendo Atenas, Ekhnatón, Epur si muove, Caminante si vas a Esparta dí que aquí morimos, desapareciendo María Sklodowska, después Euler, después Homero, después Herschel, después Olbers, después Alejandro, Heródoto, Sófocles.

El espanto de esta nueva guerra puede ser conjurado. No más terrible —los instructores te explican— fulminar el pasado para destruir el presente, que fulminar el presente para ahogar el futuro. No más terrible reducir a pavesas Vinci e impedir que nazca Leonardo, que aplastar Hiroshima y abismar en la nada mil futuros Leonardos. No más terrible quitar al pasado con las guerras nuestras, que sufrir lo que el pasado nos quitó con las guerras suyas. No más terrible desatar hoy mil megatones, que viajar al Cuaternario y exterminar al primer Neanderthal porque de él descenderán tus enemigos, y comprender repentinamente —esto sí es más terrible— que de él descenderá también tu pueblo, y que la humanidad, tus abuelos, la sonrisa de tu madre, tu propio nacimiento, no sólo ya no son, sino que además, ay, ya no serán, ni jamás han sido.

La guerra continua

Fue el DRU (Duplicador Restitutivo Universal) lo que posibilitó llevar el arte de la guerra al grado de perfección casi definitivo que hoy reviste. Es sencillo el principio del DRU: Se le suministra modelo, se le suministra materia, el DRU transmuta la materia, reorganiza los átomos, duplica exactamente el modelo.

Se produjo así la revolución del arte militar. Guerra antigua, mujer pare niño, se entrena niño, se hace con él soldado, soldado muere, dulce et decorum est pro patria mori, y así hasta que se acaban soldados, se acaban mujeres, se acaba guerra. Guerra moderna, mujer pare niño, se entrena niño, se hace con él soldado, soldado muere, se activan las células de memoria del DRU, y a partir de las informes cenizas y de los desperdigados restos el Duplicador constituye un duplicado idéntico del muerto, de su memoria, de sus armamentos, y qué importa que a este duplicado también lo maten, el DRU a la velocidad de la luz reconstituirá otro, y así con los cañones, con las ciudades, con los cohetes, con las bombas de virus, con los campos de prisioneros, con todo.

Así, la continuidad de las guerras de aniquilación se ha hecho permisible. Cada adversario tiene su DRU, cada bando es totalmente destruido, y luego totalmente reconstituido, todo ello primero en semanas, luego en días, luego en horas, luego hoy, en el apogeo definitivo, en milésimas de segundo. Aún hay quienes no se acostumbran a estas ciudades relampagueantes, que mil veces

mueren y mil veces renacen en un segundo, aún hay quienes sienten un recóndito espanto al saber que la persona que levanta una cucharilla de sopa no es la misma que la beberá, al saber que entre la una y la otra median mil apocalipsis y mil génesis excesivos, que no hay continuidad del yo, que lo que creemos ser en este instante es un fantasma, un pavoroso e infinito remedo de otro fantasma, incesantemente reintegrado en este parpadeo y fulminación de la muerte que es casi una vida.

Los fanáticos, proponen detener la guerra y dedicar el DRU, no a reconstruir incesantemente la miseria de los hombres, sino a remediarla. Los fanáticos, antes, proponían no construir armas, sino herramientas, no producir cartuchos, sino pan. Yo, propongo que, a los fanáticos, el DRU no los reconstituya. Yo, que entre este tic del reloj y este tac último, que entre esta palabra y esta otra, mil veces he sentido el soplo del hidrógeno, la sensación, que ya no es sensación, de ser desintegrado, convertido en la luz que es más que luz, en el calor que es más que calor, en el copo deslumbrante y aniquilador de la tiniebla.

El traje

Rápida fue la preparación del traje flotante impermeable isotérmico impenetrable acolchado elástico autorreproductivo que podía sustituir a los demás trajes y si uno lo piensa bien, asimismo a las casitas apartamentos palacios o chalets que tan prolíficos son en documentos de propiedad, cuotas, derechos de frente y etcétera etcétera. En las microfisuras de este traje que cambia constantemente de colores y de formas, puede desarrollarse y de hecho se desarrolla inevitablemente un pulular de algas microscópicas que es lo que permite aprovechar la luz del sol y el calor del cuerpo para el equilibrio térmico la limpieza de desechos la nocturna luminosidad regulable y además produce buenos bocados de proteína carbohidratos sales minerales vinosos licores compuestos químicos todo según el temperamento y el capricho del poseedor.

Por lo tanto, bandas de adolescentes que flotan a la deriva en espumosos mares y no regresan cuando los llaman papá o mamá, cuando los llama nadie, porque papá o mamá o nadie también para

ir en su persecusiónpueden ponerse el traje y caminar satisfechos e indemnes por vidrierías polares o ardientes desiertos o lamentables bosques de olivares o cristalinos rápidos o crujientes selvas y olvidarse de regresar a casita al trabajo a la cárcel a palacio a tantos sitios que tan buenos son pero ay los trajes triunfantes los besos rápidos y el anudar y desanudar errantes vidas en esta ahora tachonada de adioses intemperie.



HUMBERTO MATA

Jinetes de la luz

A José Balza

Mira, decía ella, observa cómo están hoy las rosas. Y él, con la pipa encendida, se sentaba a mirar las rojas rosas de Mercurio, en el porche de la casa rosada, con el pantalón viejo y las piernas cruzadas, como todas las mañanas en las mañanas de Mercurio, siempre a igual hora: la hora de los Jinetes de la Luz. Entonces surcaban el horizonte y se alejaban —tal vez cuando él creía verlos ya pisaban otras tierras— sin más preámbulos que las rosas rojas y la vieja que se pasea delante del hombre con las piernas cruzadas y el pantalón desteñido por el uso. Y en las tardes, cuando todo era más rojo —la casa parecía una bola de fuego—, el viejo contaba historias increíbles y tontas sobre cohetes espaciales. De hombres que pasaban siete días en viaje a la Luna y luego, en el regreso, eran esperados como héroes. De enormes riesgos y problemas. Cosas tontas para los Jinetes que a esa hora regresaban, tal vez de otra Galaxia, y contestaban con historias aún más antiguas, pues sus vidas eran un continuo retroceso en el tiempo, un infinito viaje hacia el pasado —alguna vez nos deleitaron con la fundación de Roma—. Hombres condenados a no envejecer nunca, cuya única razón de existencia eran los trescientos mil kilómetros que sus cápsulas recorrían en un segundo.

Después el viejo se encerraba en su cuarto, debajo de la casa rosada; y la casa, debajo de la ampolla ambiental que cubría el planeta. Recorría con los ojos cansados todos los rincones —como siempre desde hacía muchos años— hasta llegar al cuadro situado en la pared. Entonces pensaba en otras cosas —nadie sabe cuáles— hasta el día siguiente, cuando la vieja decía algo de las rosas rojas de Mercurio y él cruzaba las piernas de pantalones rotos, sentado en la silla mercuriana, con la pipa encendida, en espera de los Jinetes y de nuevas historias todavía más antiguas; de nuevas tardes enrojecidas y de un cuadro adherido a la pared, en algún cuarto de la casa rosada.

PASCUAL ESTRADA

Inútil redondo seno

Se detuvo, simplemente, en la confluencia de dos principales arterias de la ciudad y comenzó a leer para siempre el grueso diario, o a mirar las nubes. El narrador de este definitivo suceso dice simplemente por que pese a las muy importantes consecuencias del acto realizado por el peatón, lo ejecutó con la sencillez algo muriente de, digamos, una caja de música que agota su cuerda. Repito: llegó a la esquina, arrojó —según imagino— de golpe gritos, voces, dolores, prisa, confusión, náusea, silbidos, mareo, dijo por dentro mierda, cesó de andar, quedó parado en la acera, más bien cerca de la pared de los edificios que de la calzada e inició su largalenta lectura del periódico o su paseo por las nubes. Pero no, ese día no había nubes e incluso por entre el monóxido se adentraban lo que un bello poeta antiguo hubiera llamado dedos de la brisa oliendo a claveles. O a otra cosa, pero distinta de la grasa de los automóviles o del polvillo impalpable del cemento, muy distinta.

Al principio no resultaba notable ni de nadie excitó la curiosidad, acaso al llegar la noche los policías se preguntaran qué pretendía aquel respetable y estático ciudadano que leía o contemplaba el cielo ya oscuro en la esquina de las dos iluminadas calles, pero como las garantías no estaban suspendidas e incluso iba bien (más o menos bien) vestido, ni se acercaron a él para investigar. Además no hacía nada, nada, sino estar, sólo estar. Luego sí, luego comenzó la aventura que no volverá a repetirse. Jamás. Otro —sudoroso, hastiado, nervioso, angustiado, sufriente, anhelante, atropellado— llegó hasta él, lo miró, sonrió con inefable sonrisa de ciego que ve, inspiró profundamente y diciendo ¡ya está bien! quedó a su vez inmóvil cerca muy cerca a unos centímetros del primero, leyendo o contemplando mudo el firmamento. Todo esto llegué a saberlo por lo que alguien tuvo tiempo de contar, aunque es muy posible que el suceso comenzara de otra manera, ya que no

hay datos precisos sobre él y si los hubiera hoy sería imposible conocerlos. El que dicen que oyó decir esta versión también ha muerto en nuestra silenciosa hecatombe sin dioses, las emisoras no funcionan, los periódicos no existen ni la televisión ni el cine, y las llamadas telefónicas del exterior, sonando a cada momento que transcurre menos insistentes y más lamentables en alejadas calles, quedan sin ser contestadas.

El tráfico no había disminuido todavía. El "ya está bien, basta" o alguna frase similar en su contenido, había sido pronunciado por unos cuantos peatones más que al detener su vida nauseabunda en la acera sombreada adonde sorprendentemente llegaba el olor a claveles, formaban una aglomeración regular que no entorpecía por cierto el paso de la corriente humana dirigida a sus trabajos cotidianos. Pronto el grupo aumentó sus componentes. Llegaban cansados, sudorosos, oidoszumbantes, sobrecogidos de cruzar calles amenazadoras, veían allí a los otros leyendo sus materiales de abandono o contemplando un color, el del cielo, añil, de nombre ya olvidado, reflexionaban o acaso quedaban hipnotizados en forma inexplicable, sonreían como Santa Teresa en éxtasis, aleteaba un instante indecisa su respiración e indefectiblemente tras una inspiración profunda, de tierra, se incluían en el grupo de parados luego de musitar la frase que sonaba como infinito suspiro de alegre moribundo.

Ocupaban ya toda una acera entre dos calles transversales. Fue cuando me enteré, como jefe supremo de las policías unidas. Pero, ¿qué podía hacer yo? Tiene que haber —tenía que haber, hoy ya nada de esto es válido— un mínimo de razón, por aparencial que fuese, para poder intervenir. En efecto no entorpecían el tráfico, ni gritaban consignas, ni ensuciaban el suelo, ni impedían ver las vitrinas a los, por otra parte, cada vez más escasos viandantes que se atrevían a circular, ya que según me dijeron en aquel entonces mis subalternos no dejaba de ser impresionante y hasta atemorizador ver tantas personas silenciosas juntas, silenciosas e inermes, no activas, sino pasivas, que estaban, que respiraban pero no hablaban, que no dirigían sus ojos sino a sus periódicos o tal vez hacia dentro de ellos aunque miraran a lo alto, no se sabe, porque nada es seguro ni se tienen datos y los que hay no pueden ser usados ni vistos ni leídos, porque la ciudad está paralizada y no transitoriamente, lo sé; sino para siempre. Retomando el hilo del asunto: recurrimos a pedir su documentación. Era ilegal, desde luego, puesto que nada hacían que pudiera considerarse punible, aunque a veces nos había dado resultado, pero no en esta ocasión: cada uno y todos ellos tenían su número, un número en su tarjeta. Pero además desistimos de la medida por causa de que varios de los policías que intentaron la gestión quedaron atrapados en la inmovilidad a la que se daban con el ya atormentador suspiro de liberación, y se incorporaban al grupo. No, no ya grupo: multitud.

Las centrales de policía de los barrios dejaron de recibir llamadas de parientes indagando el paradero de miembros del núcleo familiar: iban de una vez adonde se realizaba el extraño suceso silencioso, y ocurría que al verse —los amigos, los amantes, la esposa al esposo, el hijo a la madre o el padre a la hija— dejaban de transpirar —los que llegaban, los apresurados, los traficantes de sus energías— y contemplaban cariñosamente al hasta el momento desaparecido deudo, se daban un abrazo sin palabras o se sonreían con cierta dulzura y se quedaban ya para siempre allí.

La multitud se extendía. Sí, circulaban carros y camiones, aunque ya comenzaban a evitar esa parte central de la ciudad, no porque no hubiera sitio para pasar, sino porque una especie de vaho inmaterial amenazante para cada uno en sí mismo se elevaba de aquellos lugares, de la multitud silenciosa, de la multitud que respiraba profundamente, inmóvil, al unísono. Escribo que sí, que seguían pasando vehículos y peatones, pero cada vez menos, y recíprocamente más espacio era invadido, por decirlo de alguna manera, puesto que no era ninguna invasión, es decir activa, sino inerte, fatal. Hubo un momento en que fue imprescindible saber por lo menos la magnitud del suceso. Tomamos un helicóptero: aún había como cien pilotos para elegir. Sobrevolamos la zona. Temblé. Nadie se movió. Desde el aire era impresionante. Algunas veces he visto al microscopio la coagulación de la sangre: era lo mismo. La ciudad se movía vertiginosamente en su perifera, la apasionada quietud se incrementaba del centro hacia los extremos. Sí, la ciudad se coagulaba: los cuerpos individuales, muy activos al exterior, se dirigían apresuradamente hacia el corazón del plano, y conforme llegaban a lo que había sido un pequeño grupo estático, ahora ya ocupando décuple extensión, detenían su ritmo y se inmovilizaban. Parecía ocurrir en intensidad geométricamente proporcional al tiempo que transcurría: se aceleraba el proceso. Durante la hora que sobrevolamos la ciudad el fenómeno adquirió características alarmantes.

Asustaban los datos estadísticos proporcionados en la reunión oficial que en seguida tuvimos, tanto más cuanto que estábamos seguros de que en el breve tiempo empleado para enunciarlos podían estar duplicado su valor. Yo decía que el 25% de los automóviles había dejado de circular, y sabía que mientras tanto, en los tres segundos empleados en decirlo, ese veinticinco era ya un veintiséis por ciento, y que en el tiempo en que pensaba que el veinticinco se había convertido en el veintiséis, ya el porcentaje alcanzaba el veintiocho por ciento, y así inexorable y sucesivamente.

Se alzaron voces enérgicas. Expusieron sus motivos. La federación de entidades económicas, la asociación de consejos bancarios, las cámaras de promotores de la construcción, los ministros del gabinete —alguno de los cuales por cierto contaba ya bajas

entre sus pariente menos country— y el mismo presidente de las agrupaciones políticas, aunadas esta vez desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, estuvieron decididos y conformes en pedir medidas enérgicas. Pero cuáles, dije yo. Comenzaba a odiar a los manifestantes. ¿Manifestantes de qué? Dejémonos de vainas, dijo un consejero bancario. Planteemos las cosas como son. La producción ha descendido, el comercio ha descendido, el valor del terreno ha descendido, el de las construcciones ha descendido, las acciones suntuarias han descendido, las importaciones han descendido, las exportaciones han descendido, las ventas de automóviles han descendido, nos vamos al carajo. ¿Y qué? Por supuesto, hay que conminarlos a que regresen a su trabajo, a su trabajo productivo. ¿Y cómo? La policía, conminar y obligar y si no bombas lacrimógenas, la democracia y demás. Al orden a través de la energía, energía y orden. ¿Más orden? Está bien, los odio, voy a deshacerlos si no se reintegran a sus fábricas. Pero no piden nada, simplemente eso, nada, se detienen, han detenido sus maquinarias, ya no más, han dicho. ¿Bombas y disparos? Bien, bombas y disparos: atención firmes en posición de matar, firmes carguen conminen y obliguen a circular. No circulan. Adelante. ¿Cuántas calles, radiopatrullas, jaulas, fusiles, bombas y espaldas que sucumben? Altavoces. Muévanse, de orden del presidente, de los supremos, del orden mayúsculo, de dios y la patria, circulen y vayan a sus carajos, a sus trabajos trabajen, la verdad es que tienen que trabajar y no sonreír, producir, hay que levantar patria...

Nada, inmovilidad no consignas nada cansancio o indiferencia es lo mismo simplemente se han detenido. Nadie sabe por qué, ni los psiquiatras, y los que de éstos lo saben y saben lo que sucede están con la inmensa multitud que recupera su derecho a la muerte, y aunque querrían balbucir los motivos, se callan, sonríen en una lejanía como la del rumor ciudadano que se aleja en este tercer día de la lentitud, y comenzamos entonces el exterminio, y mientras lanzamos, al principio, las bombas lacrimógenas que caen sobre los hombros de los hombres, sobre los ojos aterciopelados de los adolescentes, sobre los senos amables de las hembras que van a morir, bajo esa lluvia asquerosa de olores de llanto avanzan los de extramuros y sonríen con su ya está bien, basta, y leen y miran al cielo abstraídos mientras sus cerebros y sus vísceras se riegan en las antes limpias calles y que ahora sí están manchando de verdad; y cada vez hay menos dedos que aprienten los gatillos de los fusiles y más policías que sonríen y mueren ajusticiados por sus cabos de escuadra, por sus tenientes, y más tenientes que dicen hasta aquí llegué y sonríen pensando tal vez en Garcilaso aunque nunca lo hayan leído y ensueñan un sueño placentero de muerte y liberación y se suicidan a manos de sus capitanes y así sucesivamente y los automóviles y los ascensores y las máquinas de escribir se detienen brillantes y exeficientes pero inmóviles y las grúas en los puertos

cercanos brillan al sol y el valle de la ciudad huele a grasa y carne chamuscada y, un poco, a claveles frescos.

Consejo, reunión, medidas, convencer, la vida, tiene que seguir (y alguien entre nosotros dice que en realidad para qué) y llamar al ejército, los cuarteles, eso sí, los cuarteles donde la contaminación no ha llegado y son hombres puros, y acaso los levitas que se han refugiado en los cuarteles porque nadie pide los santos sacramentos pues todos van a ver a dios cara a cara en estos instantes, y los de los consejos bancarios que se desesperan y que venga entonces el ejército, a la batalla final contra los ciudadanos levantados en paz y muerte, y los del orden quieren alzarse en armas contra la muerte, y se alzan. Llegan, siempre llegan de lejos, de los barrios, los contagiados por la nada, por la desesperación tranquila de la muerte y la futilidad, de la locura diré, de la locura tal vez, avanzan y el ejército se despliega con magníficos acerados relucientes cañones y ametralladoras y barre la ciudad que no suena a cornetas y tráfico sino a pólvora insistente y triste, pólvora triste contra la multitud silenciosa de nuevo y siempre, sonreída, y llegan y mueren y se amontonan y trepan indolentes por los acumulamientos de cadáveres de hombres y soldados que debajo del uniforme tienen costillas como los otros ahora desgarradas y la pólvora no puede ser prendida y nadie puede conminar y los artilleros han enronquecido o bien sonríen ante la boca de sus propios cañones que ahora disparan los consejeros también y los presidentes, y el rumor humano ya no es rumor, es silencio, y sólo quedan gestos de los pocos hombres de orden que restan y algunas de sus esposas, pues sus hijos también han muerto pensando en pelo largo de la isla de la felicidad y otros en que todo hubiera podido ser así de bello pero trepan sobre sus congéneres ya muertos y en las capas de abajo del hacinamiento de cadáveres huele a muerte y en las capas superiores a sangre fresca que se coagula rápidamente, la ciudad es toda una coagulación, los artilleros consejeros están de rodillas junto a las armas y poco a poco sin distinción de jerarquías, terminan por ir arrastrándose porque están fatigados, y sonriendo de improviso, pensando tal vez en el seno de su madre verde, hacia la nada inmóvil.

Hay un momento en que sólo escucho la sangre latiendo en mis venas. Ni un rasguño. Silencio de nuevo, siempre, nada, apenas la brisa hedionda a la que me acostumbro y alguna voluta de humo de la boca del último cañón disparado. Hay vivos enmudecidos que leen o miran aún, decididos a nada, en las cúspides de amontonamientos de carne desangrada, otros sacan la cabeza manchada de humanidad entre vísceras hermoseadas, las casas desiertas y las calles llenas de esa nada muscular sangrante, recorro avenidas, nada, ninguna pregunta, los maniquíes lucen su ropa interior ante los ojos de los muertos que prefieren ver hacia adentro de sí mismos, camino, camino, muertos hermosos y silencio, mis pasos

en la ciudad suicidada, paso por los bosques desiertos, llego al aeropuerto, me remonto en un brillante aparato que llena de ruidoso escapes el valle de la ciudad, nada, nadie se mueve, paso ríos y ciudades, nada, sólo silencio a lo que antes era norte y sur y ahora no tiene sentido, vuelo, vuelo, llamo a la gente con el corazón, todos han muerto, nadie ha querido vivir. Lucientes las máquinas esperan, o simplemente están también, acero y níquel hierro tenso y pulido, ascensores y cavas, pistolas, grúas y automóviles cromados, andamios metálicos y bulldozers, trenes y puentes colgantes emergen de los cuerpos detenidos y malolientes a las cuatro puntos cardinales. Silencio, excepto el de la sentidora-de-su--soledad máquina brillante que me transporta, bella como una flor, sin sentido como una flor. Recorro la tierra según la rosa de los vientos, y sólo todo lo que no es hombre compruebo que hereda nuestras cosas.

¿Yo, solo?

Desciendo.

Camino, cuento mis muertos.

Infinitos.

Oigo un timbre allá, cuadras más lejos.

Corro, sin pisar mis muertos ni a los que mueren ya abastraídos. Busco. Aquí. No, más lejos. Más cerca. (Suena un absurdo teléfono) Aquí. Quién me llama. No contestan, ni en nombre del amor. Sólo una inspiración profunda (un balbuceo incomprensible que...) al otro lado del mundo. Una inspiración y silencio. Dejo el teléfono. (En el horizonte mueren algunos timbres). ¿De qué me avisan a mí, jefe supremo de policías unidas? ¿Qué quieren, quién más se muere, habrá esquelas para todos? No rotativas, no automóviles, no comentarios. Mueren las llamadas balbucen los teletipos el helicóptero detiene poco a poco sus aspas en la tarde florida y tumefacta. El sol se pone hermoso e inexistente enrojeciendo la tarde. Mañana no saldrá. He escrito. Camino. He escrito y lanzo lo escrito —lanzaré lo escrito— al vacío. Porque tal vez haya dejado yo de percibir algún pequeño movimiento, algún indeterminado susurro en los bosques, en las llanuras. Tal vez. Antes escribo lo último, antes de lanzar lo escrito al aire yerto del poniente. Camino. Trepo. Tropiezo y pido perdón a unos ojos prestos a la muerte que me miran. Ocupo mi sitio, en el montón de muertos y vivos que mueren en silencio, sin convulsiones, speranzadamente, liberados. Mi última palabra convulsiones, esperanzadamente, liberados. Mi última palabra viva, perdón, no es contestada. (No hay ni eco de ella). Tengo sueño y estoy tranquilo. Digo adiós a todo esto. Sólo medio sol en el horizonte. A mis pies una adolescente sujeta con su mano un inútil redondo seno emergente de lo que fue su pecho. Sonríe muerta.

EDNODIO QUINTERO

Valdemar Lunes, el inmortal

Valdemar Lunes, físico e historiador, logró culminar su sueño más antiguo: la construcción de una máquina de tiempo. Fascinado por los secretos que le descubriría el pasado decidió viajar en retroceso. Asistiría a sangrientas batallas y sería testigo de hechos trascendentales que el tiempo, la lluvia y los historiadores se habían encargado de deformar. Al regreso su testimonio sería irrebatible.

Un sábado de octubre se levantó muy temprano, se bañó en agua tibia y, con mucho cuidado, se cepilló los dientes. Vistiendo un gastado traje de lino blanco apuntó sus pasos en dirección al sótano. Ahí, hermosa y despiadada, la máquina lo espera. Mientras desciende las escaleras el insistente ruido del timbre se cuelga a sus oídos como el eco sostenido de una maldición. Ningún visitante inoportuno logrará modificar el rumbo de mis pasos. Afuera, del otro lado de la puerta, un anciano casi agónico (callada desesperación) se aferra al timbre. El ya no escucha, no puede, no quiere escuchar, absorto como está en la contemplación de su obra: la máquina está ahí frente a él apenas a dos pasos de él quieta atroz y reluciente nave satánica lista para el abordaje. A un paso ya, la contempla con orgullo y no sin cierto temor. Un leve temblor aflora a la superficie de mis labios y pienso que el destino no es más que el azar dirigido a puntapiés —el azar es riesgoso, cruel, dulce, imprevisible—. A menudo duelen las patadas y en la reiteración y el acoso están señaladas, palmo a palmo, las etapas de nuestro camino. Ya no puedo retroceder. Al culminar el descenso, sorteado el último escalón —atrincherado sin negarlo en esta reciente forma de sordera: el timbre sigue sonando inútilmente— com-

prendo que he perdido la última oportunidad de elegir. Hasta luego.

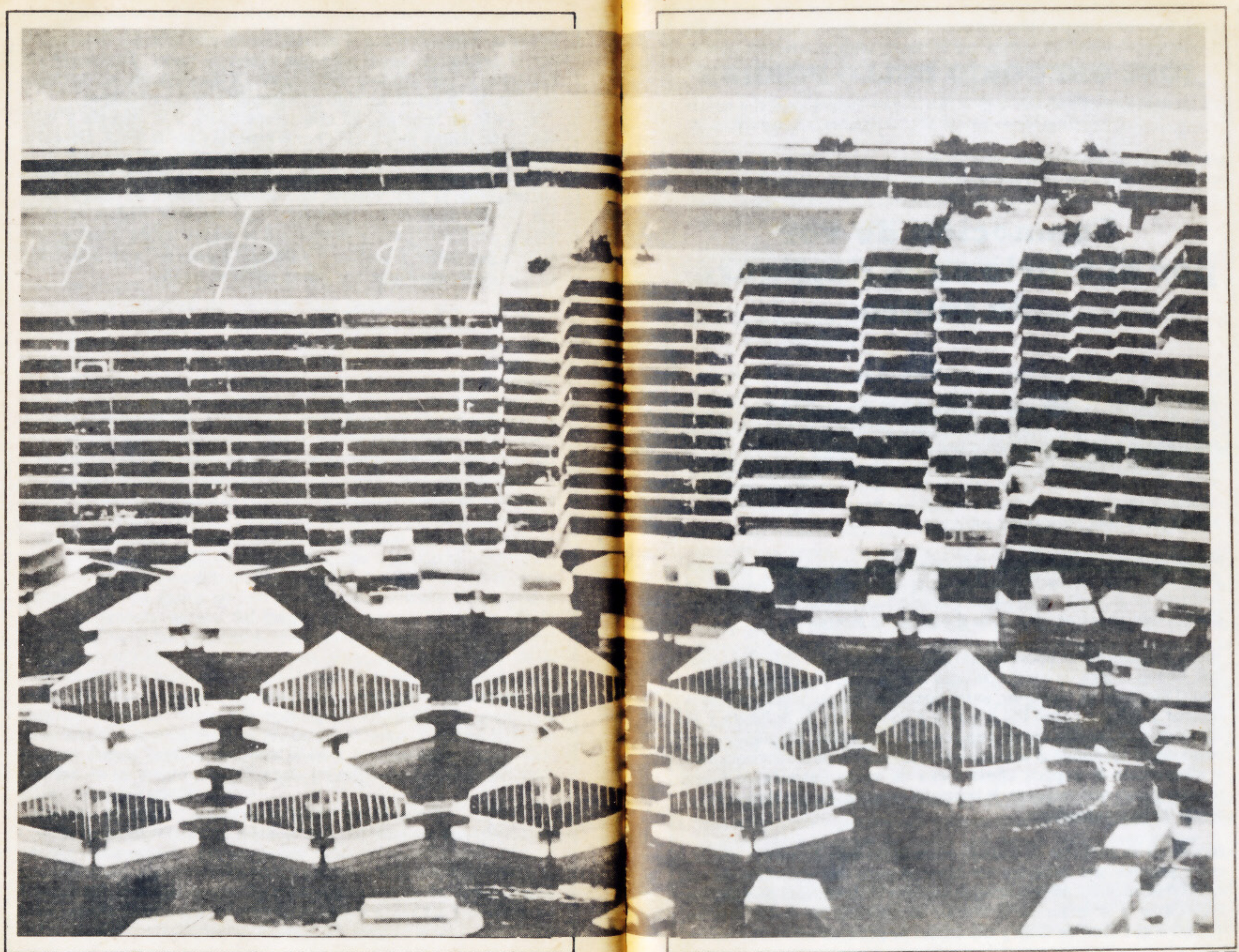
Aquella mañana de octubre, Valdemar Lunes se enterró en la luminosa noche del pasado. Despertó en lo que parecía ser un parque pues escuchó el canto de los pájaros, el ruido del viento entre los árboles y, al desaparecer la neblina amarillenta que le obstruía la mirada, pudo ver los caminitos empedrados delineados geométricamente y, más cerca, nítidos, recortados contra el brillante sol de mediatarde, la pareja de niños montados en el subeibaja. La última imagen que conserva y que a ratos asoma por los agujeros de su memoria es la de una gigantesca mancha amoratada constituida por algún material gelatinoso que se estira y se encoge a intervalos constantes difíciles de precisar y en el centro de la mancha surgen círculos amarillos que se agrandan, crecen hasta reventar en infinidad de círculos más pequeños que crecen, se agrandan con rapidez asombrosa reventándose y generando más y más círculos que paren círculos amarillos creciendo y asqueando hasta enloquecer. Al levantarse del banco lo corroe una extraña sensación de hastío y lo invade un profundo cansancio. Entiende que su proyecto ha fracasado. La máquina se descompuso (el mecanismo funcionó de manera caprichosa) y lo abandonó, el azar, en una época reciente. Cierto que la ciudad que se derrama más allá de los límites del parque es una ciudad del pasado, pero no del pasado histórico que ansiaba descubrir sino de un pasado relativamente cercano, a la vuelta de la esquina, con olor a pañales y sabor a leche fresca. (Busca un punto de partida: establece asociaciones entre el traje marinero del niño del subeibaja, la arquitectura de un edificio en construcción y la silueta borrosa de un auto trepando con dificultad una calle estrecha) (Conclusión: ha regresado a una época que no le interesa conocer). Ya no podrá asistir al descubrimiento del fuego, ni conocerá el secreto de la construcción de las pirámides, ni buscará refugio en el interior del gigantesco caballo de madera o en las podridas entrañas de la ballena, ni presenciará los rudos combates de los gladiadores en la arena del circo romano, ni escuchará embelesado el sermón del judío de larga cabellera. Sin embargo la curiosidad lo impulsa a determinar con exactitud el alcance del salto. Camina hasta la esquina donde venden diarios y al descifrar los signos impresos, estallan en su mente, describiendo un rabioso remolino, los malditos círculos amarillos:

(el azar es cruel y a menudo duelen las patadas)

es la fecha exacta de su nacimiento. Un reloj cercano deja caer cuatro campanadas. De un golpe cree entenderlo todo (brutal zancadilla del azar) y corre como un potro loco en dirección a la casa donde la mujer que es su madre se revuelca de dolor. Reconoce la calle y como un viento rabioso entra en la casa y comienza a subir escalones y un llanto lo detiene. Ha llegado tarde y siente una

inmensa compasión por sí mismo, siente una inmensa compasión por el destino de aquel niño que acaba de nacer. Desciende las escaleras y, por primera vez, alcanza a dimensionar el inusitado tamaño de su error: ha sido condenado a la inmortalidad.

El ciclo se repetirá. El niño crecerá, irá a la escuela y muy temprano sentirá inclinación por la historia y por la física. Descarta la posibilidad de asesinarlo pues sería un acto inútil, negador de su propia existencia. Ahora camina solo por la calle y el viento pasa lastimándole la cara. Ensaya una desolada mueca de resignación. Un sábado de octubre, anciano y casi agónico, llegará hasta la puerta de la otra casa y se aferrará al timbre en un desesperado intento por burlar el destino y Valdemar Lunes no lo escucha pues en ese momento dirige sus pasos hacia el sótano.



JOSE GREGORIO BELLO PORRAS

Conmoción de ver por el vidrio unas desfiguras de futuro

parece barrer la calle con el paltó negro desmedido mientras se esfuerza por subir a la acera el aparato pesado que nadie imaginó ver y al que no pueden adivinar uso pues sudando y todo como está rechaza las ayudas de los mismos que cargan con él en semana santa las imágenes de visión celeste entre todo ese fervor que ahora mismo levanta el que se halle empujando hasta el zaguán una cosa sin forma y una curiosidad múltiple.

saca el pañuelo para enjugarse el sudor y tantea lo que le sobró del pago del viaje, se acomoda los anteojos después de quitarse el pañuelo de la cara ve el santo sudario litografiado encima de la puerta que ahora se abre a su máquina de tiempo.

entra después de las horas de autobús y apenas cabe entre las cosas que llenan el aire de olores de otro tiempo que pasa rápidamente con el juego de su recuerdo, entre piezas metálicas y herramientas frascos y polvos sobre los libros y planos sobre la poltrona y el hermano que medita como siempre en ese rincón, limpiándose el paltó negro reconoce al sentado entre los ruidos de las invenciones y alborozado le explica cómo viene de visita después de tanto tiempo y para qué requiere de la propia creencia en sus proyectos y en su trabajo inmediato.

reposa en su gabinete de trabajo entre ideas más dormidas que él, entre papeles que deberían ser blancos pero son amarillos de no escribirse en ellos, piensa aunque algunos lo duden que piensa y ve transcurrir a la mujer en el trabajo de llevarle las comidas a su encierro que cree de urna y oscuridad se pone en actividad sale a

airearse se encuentra de noche o de día según la hora escribe en un estado confuso se duerme entre pesadillas y despierta reposando en su gabinete.

reúne a la familia para explicarle lo que ven desde hace tiempo los muebles en mal estado donde ahora se sientan,

el techo de goteras que forman dibujos sugirientes de sueños con nubes y formas redondas cuando se yace en los resortes destrabados entre telas viejas después de la comida queviene a demostrar tan sólo el hambre que se tiene

del abombamiento de las paredes que enmohece cuadros de memorias y despega el papel tapiz de la sala donde están.

de toda la ansiedad que sienten sobre su vida imprecisa de futuro y sobre este momento

expone las razones de su persistente fracaso, muestra la ruma no vendida de páginas escritas y rechazadas no por él, cuenta las hojas refiriendo sus ideas y la familia sufre oyéndolo sin precisar la causa hasta que se mueven crujiendo los asientos y él se ve obligado a proponer una salida en la ocurrencia de la novedosa forma de obtener escritos aún no leídos oídos ni hechos y una fama pródiga y pronta.

se instala en actividad junto al aparato recién puesto en su cuarto de trabajo, repasa las instrucciones de funcionamiento, cuida de que sus lados no toquen la pared húmeda, desocupa de objetos el rededor, aparta lejos montones de viejas novelas pues no sabe de posibilidades reales de peligro de ignición, tranca la ventana sin aviso previo, corre la cortina negra para que le caiga un poco de polvo al desorden, cuadra la silla de mimbre entre los mandos de la caja metálica, llama a la familia para dar las últimas recomendaciones antes del viaje que parece un subir al cielo, se ensambla dentro de la máquina, a través de la ventanilla de vidrio oye cómo la abuela le insta a visitar y salvar a nuestro señor Jesucristo y él le aclara la imposibilidad en el nerviosismo de que empieza su viaje al futuro.

el hermano lo escucha a través de todas las voces de sus encuentros anteriores y permanece callado ante el discurso de él, que ha tomado estrado entre las cosas que nunca solía comprender.

juega con el aparato mecánico sin saber el uso y lo revienta para no detenerse a mirar o tantear curiosamente las tuercas tornillos y armazón que lo formaban pasa por encima de sus juguetes sin

pedírselos destroza el globo de colores fosforecentes por el que la madre lo reprende el hombre de movimiento de ruidos metálicos casi de tamaño real de persona y sufre la no probada accidental caída.

el hermano lo escucha a través de las visiones disímiles y él le explica que un plagio en el futuro no significa lo mismo que hoy, que las cosas que van a suceder pertenecen a todos los que las tienen al alcance, que esa idea era su oportunidad y la prueba de originalidad, que le prestara la máquina de tiempo.

apenas cabe por la puerta para salir de la casa del hermano que no lo ayuda a cargar el aparato, camina un trecho de sudor para emprender el viaje de regreso, sonríe al que ilumina con los destellos del peso que lo encorva y lo ve derretirse entre un traje negro y un vapor todo extraño; el hermano no se despide como él lo hace al tomar el carro, indica el destino y no responde a las preguntas del chofer.

cree reconocer el futuro donde está a pesar de las vibraciones que se transmitieron a sus músculos que temblaban ya antes del antes y que le nublan la vista, repite para recordarlo como debe accionar el aparato para su regreso, ve a través del cristal ya no a la abuela sino un recinto futuro donde aparece en caja metálica, y se dispone proceder con su plan cuando parándose de la silla de miembre abre la puerta para salir en lo que cree reconocer el futuro.

sortea los impedimentos a su caminar donde se sabe ajeno y pasado y no reconoce el sitio en el encandilamiento de cosas inexistentes en su lenguaje, sabe que no ha vivido ese tiempo, percibe sin embargo por las pocas palabras que cree se le escapan, que este futuro es cercano, no hay evidencia de fecha, sólo se tropieza sin ruido con un encanecido hombre que permanece de espaldas a su presencia, busca salida conforme a lo pensado y con rapidez ve que su situación de aparecido en este sitio es inmejorable, le ahorra el tiempo de estar en este tiempo, revisa papeles que adivina como trabajos inéditos de quien en el acto reconoce como escritor y que aún permanece de espaldas sentado, arrebata los folios a la mesa donde alternan situación con un polvo de libros que no le atraen, de una mirada describe el patio a través de la puerta de la confusión del momento y en el fondo se cruzan unas caras de arrugas cercanas se vuelve para sudar la huída creyendo cometido su cumplimiento tropieza con algo puesto de lado que en la caída suelta tanto ruido como para despertar al que permanece de espaldas, éste con dificultad se mueve en el asiento, trata de incorporarse para mirar

ya se acomoda en su silla de mimbre y con un solo portazo metálico

enciende su caja de tiempo para retornar al origen no sin fragor resplandor y conmoción de ver por el vidrio unas desfiguras de futuro que lo plenan de incertidumbres

lo sacan como del santo sepulcro para reanimarlo con agua de canela y alcoholado, permanece lívido ante su familia que aunque casi elevado lo ve cercano y con una nueva cantidad de papeles.

no contesta las preguntas ni acierta a revisar los folios que trae sino que los apilona con un temblor de manos y despide del sitio a la familia con gestos bruscos mientras se palpa el propio cuerpo está como olvidado al examinar una a una las hojas en blanco sin mirar el desorden de su gabinete en el que no reconoce sus propias cosas se retira al rincón para sentarse a recordar las caras vistas a través del cristal, no la de la abuela sino la cara que antecedió a la huída y la cara que se volteó para verlo al oir un ruido como el que ahora escucha para voltearse.

La gente vuela con aparatos en su espalda

piensa en lo que descubre, a pesar de que después de unos años es cuando le traen las revistas. El ni se entera de lo viejo. Hoja a hoja interpreta los signos profundos y gráficos, habla algo en voz baja y se ríe hasta que llega ahí; y le parece ave, primero. Y se para del taburete. Y ve que no es ave. y se explica lo que le han dicho de los adelantos. Y no cree. Y vuelve a ver si es un salto. Y no sabe ni le parece. Hasta que supone lo cierto en un solo pensamiento. Prepara todo y recoge la revista doblada en la página de la foto. Se entrocha hacia la montaña.

no sabe más de mortales que vuelan con un bulto atrás, que no fuese lo aprendido sobre el demonio y sus piruetas de ave negra.

ni de que se eleven las gentes con unos aperos y bridas de animal.

ni de que con casco de romano de viernesanto se simulen ascensiones.

que lo que ve y sabe de otras cosas que son celestes.

reúne lo que debe preparar, cantidad de trastos que los vecinos creen de maleficio y se persignan. Se los prueba y los deja para coger la revista doblada en la página de la foto. Sale a cazar el ángel.

Se está mucho tiempo en lo alto con el frío la oscuridad y la vuelta del día siguiente. Acurrucado hasta que llegue la nube de neblina. Y llega.

Ve al ángel, un ángel pequeñito que seguramente estaba retratado junto a una virgen en la estampa, porque recordaba haberlo visto.

Lo enlaza por la patica. Y el ángel que se quiere aflojar la cuerda no puede porque rápido le cae encima y lo amarra.

Con todo y ropa blanca resplandor alas de vuelo y corona en escasez de otro nombre, lo baja para instalarlo al aparato que parece un morral.

Se lo pone bien amarrado, de forma que a lo que parece un lomo, le salen las estropeadas alas. Con latigazos de penitente logra subir y subir, pero quien lo ve sabe que no es santo por lo que dice.

Bate las alas mucho y a falta de dolor propio no siente que se fracturan con el aporreo. Y se viene abajo desde los treinta metros.

ARMANDO JOSE SEQUERA

De sus dedos parecen brotar secretos

María Laura tiene las manos del color de la tierra y de sus dedos parecen brotar secretos cuando se inclina a destallar los almácigos y a ahilerarlos en pos del infinito.
María Laura sólo ha ido una vez al espacio y nos ha dicho que prefiere estar en contacto con la vida que su trabajo crea. Por eso, de momento, y al verla pasar hacia el verde que, expectativo, la aguarda, creemos estar en presencia de una incierta divinidad.

Le regalamos un telescopio al abuelo

Le regalamos un telescopio al abuelo.
Más vale que no.
Nos pidió que subiéramos su mecedora al techo para establecer su observatorio. Después, que lo subiéramos a él, *con cuidado, que tengo esta pierna enferma*. Posteriormente, la abuela dijo que ella no se quería quedar sola y hubo que subirla también.

Bajarlos todos los días es más complicado que subirlos: parece que se nos fueran a caer. Una vez en tierra hay que escuchar las narraciones acerca de lo que ambos han visto.

Si supieran que el telescopio no tiene vidrios.

El hijo que viaja por las estrellas

Hubo que decirle que había partido en el cohete de la noche anterior: ella sabía que a él no le gustaban las despedidas. Por eso no lloró, al menos en público.

¿*Ven aquella?* nos pregunta a los vecinos, *hacia ella debe ir mi hijo* y nadie la contradice.

Hasta hemos creído que la lápida que lo arropa en nuestro pequeño cementerio algún día se elevará pese a nuestra sorpresa y lo llevará efectivamente a tan remotos parajes.

Anidaban en sus manos y en su cabello arrollado de brisas

Cuando los pájaros que habían anidado en una de sus manos se asustaban, nos dábamos cuenta de que aún vivía.

Había pedido al médico que ya que se hallaba totalmente paralizado le permitiese vivir, a partir de entonces, en una silla de ruedas a la intemperie:*quiero serle útil a alguien,* dijo trabajosamente.

Hasta el día en que comenzamos a verle sonreído, nos pareció que se había quedado ahí, en un silencio cavernoso: ese día empezó la construcción del nido.

Un mes después, presentimos su muerte: sin embargo, como su cuerpo no se descompuso, lo dejamos allí, en el campo, pues otra pareja se había anidado en su cabello arrollado de brisas.

Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana

Que mi cuerpo se deje en el espacio, fue su última voluntad.

Hubo que hacer los trámites, y para sorpresa nuestra, no era el primero: quienes no habían podido ir en vida al cosmos, era lógico que solicitasen eso.

Los viajeros desprevenidos se admiran de una larga caravana, como de ataúdes espolvoreados de cristales, que generalmente se cruza en el camino de los cohetes cuando éstos se dirigen a Marte.

ULTIMOS TITULOS DE ESTA COLECCION

10. VISION DE LA VIDA
Educación sexual en los niños
Josefina Urdaneta-A. Sáez de Salcedo
11. LOS DICTADORES NUNCA MUEREN
Retrato de Nicaragua y los Somoza
Parte I
Eduardo Crawley
12. LOS DICTADORES NUNCA MUEREN
Parte II
13. UN PERSONAJE LLAMADO BOLIVAR
Antología
14. ASFALTO-INFIERNO Y OTROS RELATOS DEMONIACOS
Adriano González León
15. ESCRITO EN LA PRISION
Antología
16. DESNUDO EN CARACAS
Fausto Masó
17. LOS AÑOS LOCOS DE LA AVIACION
José Luis Entrala
18. BRANDO CON EL DESAYUNO
Anna Kashfi Brando-E.P. Stein

DE PROXIMA APARICION

20. EL LIBRO DE LOS NO-CORREDORES
Vic Ziegel y E. Grossberger
21. TORITO: UN ESPONTANEO DE LA FOTOGRAFIA
Josune Dorronsoro
22. 5 VOCES POPULARES
Napoleón Bravo
23. EL BRUJO HIPICO Y OTROS RELATOS
Salvador Garmendia
24. EL 18 DE OCTUBRE
Manuel Caballero
25. HISTORIA UNIVERSAL DE LA ASTUCIA
Rafael Urdaneta
26. CONVERSACIONES CON LOURDES. UNA BRUJA VENEZOLANA
José Cayuela



ANTOLOGIA

CIENCIA- FICCION VENEZOLANA

Selección y prólogo: Julio E. Miranda

Esta antología de cuentos venezolanos de ciencia-ficción permite contestar claramente en forma afirmativa a la pregunta por la existencia de una narrativa tal, con caracteres propios y entidad temática y estilística.

Desde un clásico como "La realidad circundante" de Julio Garmendia hasta los productos mucho más recientes de Alizo, Balza, Britto García y los demás escritores jóvenes incluidos en la selección, dan testimonio de la peculiar forma de adaptación que, sin perder de vista las constantes del género que le valieron su gran difusión, lo reviste de venezolanidad. Como en el caso de esos hombres del cuento de Sequera que bailan el tamunangue entre viajes espaciales tras una revolución que ha conquistado la libertad para todos.